

NUESTRA MEMORIA

AÑO IX - NÚMERO 19 - MAYO DE 2002



MAREK
LAUTERSZTEIN
W. SROJEKA
WARSZTA m 10
Kom. XXIII
1 ROK 4
MIESIĄCE

1.1.0
10.11.1945
SMM



sumario

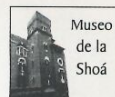
- 3 Homenaje a Alfredo Berlfein (Z"l)
- 4 Theresienstadt. El Lager del horror encubierto.
Sergio Romano
- 6 Testimonio de un sobreviviente.
Aizikl Machabanski (Z"l)
- 8 Poesías: Transformación / Erich Fried
Si ahora no, ¿cuando? / Primo Levi
- 9 Los médicos de la muerte.
Prof. Abraham Huberman
- 12 Dos cartas inéditas de Stefan Zweig.
Trad.: Ana María Cartolano
- 13 La historia contra el olvido.
Beatriz Sarlo
- 18 Acerca de la representación y los testimonios
en los museos de la Shoá.
Lic. Sima Weingarten
- 20 Imágenes de la Shoá.
Muestra educativa
- 22 HISTORIA ORAL Y MUSEOS.
Lic. Liora Duchosoy
- 24 El sobreviviente de Varsovia.
Mario Betteo Barberis
- 26 Qué nos enseña la Historia a 63 años
de la Kristallnacht.
Conferencia: Dr. Andreas Nachama
- 29 Un debate en torno a la Shoá y la memoria alemana.
Marcio Seligmann-Silva
- 31 El impacto del discurso en el totalitarismo nazi.
Conferencia: Prof. David Bankier
- 33 Presentación del Libro
"La Resistencia Judía contra el dominio nazi".
Prof. Abraham Huberman
- 34 La última noche en Auschwitz-Birkenau.
Maryla Michalowski-Dyamant
- 35 Y contarás a tus hijos... Raia Mazur Sznajderhaus

nuestra memoria

Año IX - Nº 19 - Mayo de 2002



Fundación
Memoria del Holocausto



Museo
de la
Shoá
Buenos Aires - Argentina

CONSEJO DE ADMINISTRACION / 2002-2003

Presidente:	Dr. Gilbert Lewi
Vicepresidente:	Sr. Daniel Vernik Sr. León Grzmot Dr. Enrique Ovsejevich Sr. Isaac Ursztein
Secretaría General:	Lic. Sima Weingarten
Prosecretarios:	Sr. Daniel Banet Sra. Susana Rochwerger
Tesorero:	Sr. Jaime Machabanski
Protesoreros:	Dr. Sixto David Stolovitzky Dr. Manuel Kobryniec
Vocales:	Sra. Eugenia Unger Sr. Iashe Esterman Sr. Samuel Chiron Arq. Cristina Fernandez Sra. Mónica Dawidowicz Sra. Danota Gotlib Sra. Eva Rosenthal Lic. Susana Luterstein Dr. Victor Sporn
Vocales Suplentes:	Rab. Daniel Goldman Sr. Israel L. Nielavitzky Arq. Mariela Ovsejevich Dr. Ruben Abramovich
Revisores de Cuentas:	Titular: Dr. Abraham Boczkowski Suplente: Dr. Alberto Ruskolekier
Asesores Legales:	Dra. Irene Weiss Dr. César Siculer
Directora Ejecutiva:	Lic. Regina Steiner
Comité de Redacción:	Lic. Sima W. de Milmaniene Prof. Abraham Zylberman
Colaboradores:	Prof. Ana María Cartolano Prof. Abraham Huberman
Diseño e Impresión:	levinsonlbasevich

Imagen de tapa:
Niño de la Shoá, con bolsita y datos identificatorios
bordados por su madre en el año 1939.

"Nuestra Memoria" es una publicación de la Fundación Memoria del Holocausto. Las colaboraciones firmadas expresan la opinión de sus autores, declinando la institución, toda responsabilidad sobre los conceptos y/o contenidos de los mismos. Asimismo, se reserva el derecho de publicar los trabajos recibidos. Publicación de divulgación y distribución gratuita. Permitida su reproducción citando la fuente.

Homenaje a Alfredo Berlfein (Z" L)

Con la desaparición de Alfredo Berlfein nuestra comunidad no sólo ha sufrido la pérdida de un destacado activista y líder, sino también la figura de un judío íntegro comprometido con la causa de la Shoá.

Alfredo Berlfein pertenece a la generación de dirigentes comunitarios imbuidos de valores e ideales, y que no cesaron en sus esfuerzos por organizar a la comunidad en torno a objetivos claros y metas prácticas destinadas a asegurar la continuidad de nuestro pueblo y a preservar la memoria viva de nuestra historia. Alfredo fue un hombre de acción a la vez que un agudo pensador, abierto a todas las expresiones del pensamiento que aportan un saber para la elevación espiritual del hombre.

Solía recoger en su agenda, frases, dichos y reflexiones que lo impactaban porque expresaban su ética y sus valores. Al finalizar cada año, hacía una recopilación de las mismas y le entregaba a sus amigos, familiares y compañeros, una hoja con dichas frases.



Sus hijos Grace, Silvio y Deny realizaron una selección de las mismas en ocasión del homenaje que se le hiciera a Alfredo en la O.H.A Macabi el 19 de Diciembre de 2001, de las cuales queremos transcribir algunas, que sirven de ejemplo para percibir sus altos valores morales y su fina sensibilidad:

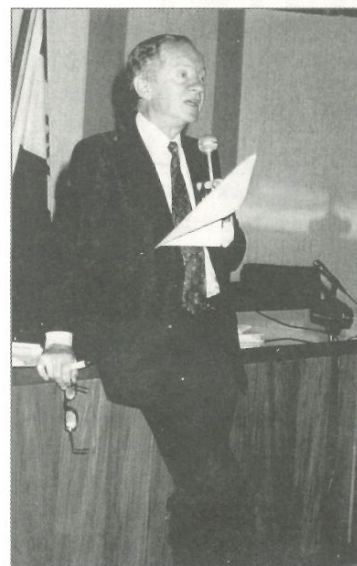
"Lograremos lo que queremos si ayudamos a otros a lograr lo que ellos quieren".

"Para lograr lo imposible hay que intentar lo impensable".

"Lo que uno hace en la vida tiene que ser más importante que uno mismo".

"Recordar que la vida es como un eco: si no te gusta lo que estás recibiendo, presta atención a lo que emitís".

Miembro activo de la Fundación Memoria del Holocausto, volcó su fecunda experiencia en el campo institucional judío para fortalecerla organizativamente y asegurar así la continuidad de nuestra institución, a la que consideraba de primordial importancia en la vida judía, dada la trascendente misión que le cabe en la preservación de la Memoria de la Shoá y del legado de nuestros mártires y héroes. Y esto se reflejaba en su trabajo diario en esta Fundación: siempre una idea nueva, una actitud conciliatoria, siempre con el tiempo necesario para atender a todas las dudas, los pesares y también las alegrías de cada uno de sus integrantes. Alfredo dejó un espacio vacío que muy difícilmente pueda ser llenado,



pero también quedaron en nuestra memoria sus sabias reflexiones que hoy, en los momentos difíciles, nos sirven de guía. Por tal motivo fué galardonado con el Tributo Matilde Bueno.

La vida de un hombre se perpetúa en el recuerdo de los seres que lo amaron, pero fundamentalmente en las obras que llevan el sello de su singular proceder.

Alfredo Berlfein, miembro fundador de nuestra Fundación tiene reservado -por su lúcido compromiso y su entrega sin concesiones-, un lugar de honor en la historia de la misma. ■

Fundación Memoria del Holocausto

Theresienstadt

El Lager del horror encubierto

En la gran literatura sobre el genocidio judío, las memorias autobiográficas representan en conjunto un modesto porcentaje. Muchos no tuvieron el coraje de poner por escrito sus recuerdos. Otros deben haber pensado que todo libro de memorias se transforma en literatura, y corre, por lo tanto, el riesgo de ofender a los muertos, disminuyendo o empujando la trágica enormidad del hecho. Finalmente algunos que observan los preceptos religiosos sostienen que el mal es necesariamente inefable. No basta. Para recordar el horror hace falta impedir que desaparezca la memoria, protegerla con una suerte de coraza y asumir, frente a ciertos acontecimientos, una actitud no sólo de distanciada imperturbabilidad, sino incluso de ironía. Sólo así los recuerdos asumen la credibilidad de un documento histórico.

Federica Spitzer, autora de un libro breve aparecido en Berlín en 1997 y más recientemente en la editorial Dadò de Locarno (*Años perdidos. Del Lager a la libertad*) se cuenta entre aquellos que mejor han logrado contar la propia tragedia con el menor número posible de lágrimas e invectivas. Debemos estarle doblemente agradecidos: por la extraordinaria calidad del libro y por la importancia de un testimonio histórico que permite comprender mejor algunos de los aspectos menos conocidos del genocidio judío.

El primero de ellos es el campo de Terezin o Theresienstadt, una pequeña ciudad fortificada a 50 km de Praga, edificada en 1780 por José II y llamada así en honor de su madre, María Teresa. Fritzi Spitzer fue recluida allí con sus padres durante dos años y medio, hasta comienzos de febrero de 1945. Cuando desde Viena llegó allí, en el verano de 1942, hacía un año que la fortaleza era campo de concentración. Pero no fue un campo como los otros.

Por razones muy discutidas pero hasta ahora no totalmente aclaradas, el régimen nazi decidió hacer de él, a los ojos del mundo, una "comunidad judía autoadministrada". Theresienstadt tuvo un local de ventas, una moneda, un servicio postal, un cabaret, una orquesta, un hospital, una panadería, una gran manufactura artesanal, un consejo judío presidido por Jacob Edelstein, una especie de centro cultural en el que algunos rabinos traducían y comentaban el Talmud; y hasta fue reacondicionado y pintado en ocasión de una visita de los inspectores de la Cruz Roja en enero de 1944. Detrás de esta atrayente fachada los prisioneros vivían en condiciones humillantes, trabajaban como esclavos, sobrevivían con 800 calorías al día, eran duramente castigados por las SS por la mínima transgresión, morían de tifus exantemático o finalmente eran enviados a los hornos crematorios de Auschwitz o Treblinka.

Pero la ficción dejó a los internados pequeños márgenes de libertad que habrían sido imposibles en otros campos de concentración, y permitió a Fritzi Spitzer ejercitar el ingenio, la fantasía y la iniciativa de que estaba dotada. Los pequeños hurtos, el traficar cotidiano, las astucias y las aventuras picarescas de la protagonista son otras tantas revanchas de la naturaleza humana contra la vida inhumana del Lager.

Falta comprender por qué el régimen nazi había montado una ficción tan colosal. ¿Para engañar, con una operación de propaganda, a la opinión pública mundial? ¿Para "hospedar" a las figuras principales de la comunidad judía y a los intelectuales que gozaban de notoriedad internacional? ¿Para satisfacer a aquel sector del régimen que buscaba quizás mitigar el furor persecutorio de Hitler? ¿Para disponer de un buen número de rehenes para intercambiar en el momento oportuno? El libro no responde a esta pregunta, pero la aventura de Fritzi Spitzer sugiere algunas hipótesis. El 2 de febrero Fritzi supo que 1200 prisioneros partirían a Suiza en los días siguientes y comprendió que habría podido formar parte del grupo con su padre y su madre. Temió que el convoy, como los que lo habían precedido, estuviese destinado a un campo de exterminio y dudó. Pero apenas hubo consultado a los padres y tomado una decisión, se lanzó de cabeza a la empresa y logró inscribirse con ellos en la lista de escogidos. A partir de ese momento comienza uno de los episodios más singulares de la segunda guerra mundial. Tres días después cada

uno de los que iban a partir recibieron, con gran sorpresa, un tarro de mermelada, una bolsita de vitaminas, dos panecillos y se lo hizo sentar en un tren que estaba compuesto por coches y no por vagones de ganado. A bordo de aquel tren los 1200 atravesaron Bohemia, doblaron al sudoeste, hacia Karlsbad, pasaron la frontera alemana en dirección a Bayreuth, vieron por la ventanilla las ruinas de Ausgburg, Friedrichshafen, Nürnberg y finalmente, al otro lado del lago de Costanza, las costas iluminadas de Suiza. Cuando el tren entró frenando y rechinando en la estación de Kreuzlingen, el andén estaba lleno de gente que observaba en silencio y cada tanto esbozaba alguna sonrisa. Eran los habitantes de la pequeña ciudad que habían acudido con regalos de todo tipo. Era el rostro hospitalario de un país que hoy se sienta, a menudo injustamente, en el banquillo de los acusados.

Detrás de la liberación de los 1200 prisioneros de Theresienstadt estuvo un político suizo que tenía buenas relaciones con algunos representantes alemanes. Se llamaba Jean-Marie Musy, había sido consejero federal y había fundado en 1936 una asociación nacional suiza contra el bolchevismo. Cuando algunos rabinos ortodoxos norteamericanos le pidieron que intercediera para la liberación de un grupo de judíos, Musy esperó quizás que una iniciativa humanitaria ha-

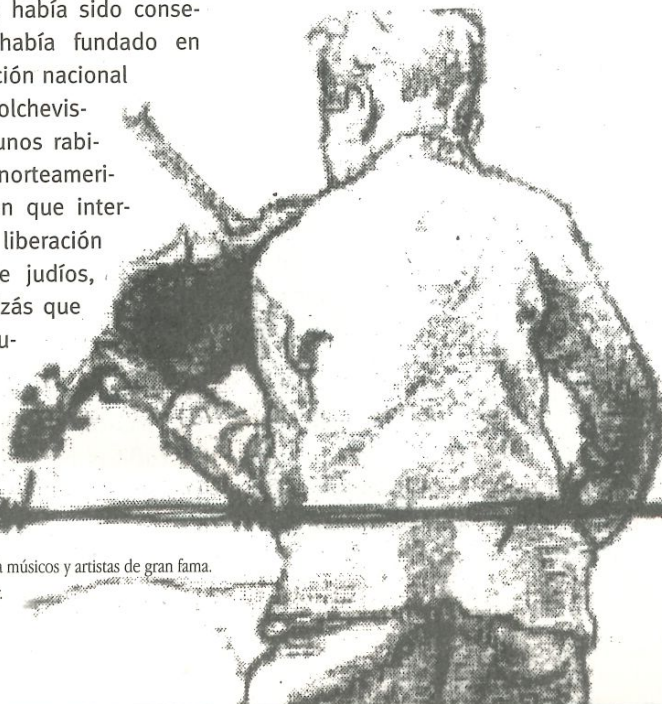
bría allanado el camino a su proyecto, acariciado desde hacía tiempo: un pacto entre los aliados y Alemania contra la Unión Soviética. Se puso a trabajar y se acercó a dos personas que lo ayudaron con motivaciones diversas: Heinrich Himmler, jefe de las SS y de la Gestapo, Walter Schellenberg, jefe del contraespionaje alemán. El primero quería aprovechar la operación para obtener dinero y medios de transporte; el segundo, mejorar, dentro de lo posible, la imagen de Alemania y abrir las tratativas con los aliados. Como lo demuestran otros acontecimientos de aquellos meses, lo más probable es que Himmler tuviera un objetivo predominantemente venal, mientras Schellenberg perseguía un fin político. El acuerdo se logró cuando Himmler renunció a los medios de transporte (que ninguno estaba dispuesto a proporcionar) y se "conformó" con cinco millones de francos. Moreno Bernasconi, en su prefacio, escribe que Adolf Eichmann había intentado una operación semejante en Hungría: la liberación de un millón de judíos y la

clausura de las cámaras de gas a cambio de 10.000 camiones y bienes de primera necesidad. De estas tratativas, llevadas a cabo por hombres que buscaban abrir una salida de emergencia para sí mismos, probablemente Hitler nunca se enteró. Mientras el Führer, recluido en el bunker de la cancillería, no tenía otra solución para su país excepto un gigantesco "crepúsculo de los dioses", en los muros de la gran prisión nazi comenzaban a abrirse las primeras grietas. Fritzi Spitzer estuvo entre los pocos que consiguieron deslizarse a través de una fisura para conquistar la libertad.

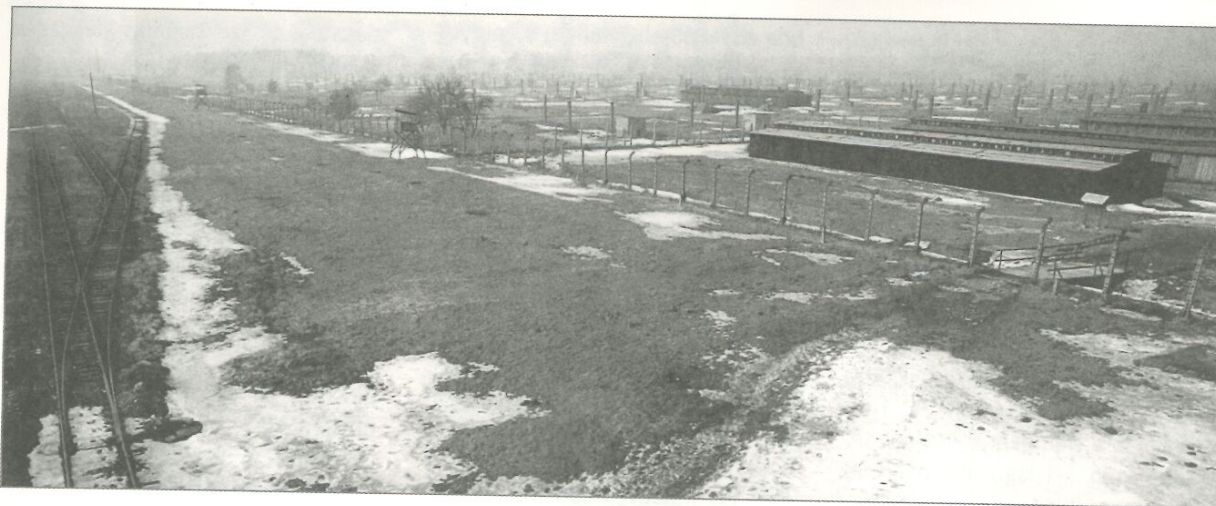
El libro sugiere una última observación. Con algunas excepciones (entre ellas los libros de Primo Levi), la mejor literatura sobre los Lager alemanes es femenina. De ahora en más recordaremos el nombre de Fritzi Spitzer junto a los de Margarethe Buber-Neumann (que pudo confrontar los campos de Hitler con los de Stalin), de Ruth Schwertfeger, autora de *Mujeres de Theresienstadt*, de Ruth Krueger, autora de *Vivir todavía* (otro libro sobre Theresienstadt, publicado en 1995 por Einaudi) y de Fey von Hassel, autora de memorias aparecidas recientemente: cuatro mujeres inteligentes, obstinadas y capaces de combatir el nazismo con las armas de su humanidad femenina. Se dice que el Führer tenía una relación difícil con las mujeres y que a menudo se detenía en el umbral de veleidoso galanteo. Comienzo a entender las razones. ■

El presente artículo fue publicado en *Corriere della Sera* el 7 de marzo de 2001.
Traducción de Ana María Cartolano.

Entre los prisioneros había músicos y artistas de gran fama.
Dibujo de Federica Spitzer.



TESTIMONIO DE UN SOBREVIVIENTE



Tuve una infancia feliz en el seno de mi familia en Belchatow, Polonia. Eramos una familia judía, sin grandes dificultades. Asistí a la escuela primaria y luego aprendí el oficio de tejedor.

Mi existencia y mi futuro parecían asegurados, pero con la llegada de Hitler y las persecuciones antisemitas, todo fue destruido y solo quedaron enfermedades y tristeza.

Inmediatamente después del inicio de la guerra fuimos obligados a llevar la estrella de David. Mi casa fue saqueada, no podíamos caminar libremente por la calle porque la circulación por ella estaba prohibida para los judíos.

Fuí obligado a realizar trabajos forzados en el campo Posen/Demsen, donde fui empleado en la construcción de carreteras. Estabamos bajo el control alemán, quien exigía sin piedad un ritmo de trabajo imposible.

Fuimos alojados en barracas de madera y dormíamos de dos en dos en catres de tres pisos. Usábamos nuestra propia ropa, ya que nos permitieron traer las nuestras de casa.

Nuestro alimento consistía en 200 gr. de pan, una sopa de agua, un poco de margarina del tamaño de un terrón de azúcar, y una media cu-

chara de mermelada. Eramos 800 a 1000 judíos, cercados por un alambre de púas. Trabajábamos 12 horas diarias en trabajos físicos muy pesados.

Evitábamos estar heridos o enfermos ya que no había atención médica; así murieron muchos de nosotros por enfermedades, heridas o por el intenso frío. La muerte se convertía en un suceso cotidiano.

Para atormentarnos aun más teníamos que estar de pie durante la "llamada" dos veces cada día y cuanto más frío hacía, más tiempo nos obligaban a estar afuera. El hambre y el agotamiento nos desesperaban; un día un jovencito se atrevió a huir del campo para pedir comida afuera pero fue atrapado y ahorcado como castigo, frente a los ojos de todos nosotros.

Entre el campo y el puesto de trabajo había una distancia aproximada de 3 kilómetros, que debíamos recorrer corriendo, y no había clemencia para quienes no pudieran hacerlo.

Nos golpeaban sin piedad, con todo lo que tuvieran a mano. Aún hoy puede verse en mi cabeza una cicatriz, resultado de una feroz e inexplicable paliza.

A pesar de que nuestras condiciones de trabajo eran inhumanas no nos daban ni un minuto para descansar, todo era cronometrado por reloj. Un día, cargando arena y al no estar la vagoneta en el minuto ordenado, recibí un golpe de puño en la cara que me rompió los dientes. Cuando volví al campo, paradójicamente, como castigo no obtuve comida y fui luego enviado al dentista por el jefe del campo, quien me extrajo mis fundas de oro porque estaba prohibido que los judíos llevaran oro.

En 1943 fui deportado a Auschwitz. Eramos entonces casi 14.000 seres humanos pero cuando llegamos, inmediatamente en el andén, se realizó la primera selección y de mi transporte quedaron 1.500 hombres y los demás, desafortunados, fueron enviados directamente a las cámaras de gas. Tuvimos que desnudarnos completamente, nos quitaron las ropas, fuimos conducidos al baño y rasurados en todo el cuerpo. Por falta de espacio, permanecimos en cuclillas por trece días y noches en un desván y con un techo tan bajo que no nos podíamos incorporar. El alimento era muy escaso y dado

"Yo fui marcado con el número 141.363".



el estado en que nos encontrábamos, nos convertimos en "animales devorando comida".

Después de 13 días fuimos llevados afuera, debíamos permanecer de pie mientras jefes de la SS elegían a los más fuertes para trabajar. Fuí enviado a las minas de carbón donde me dieron el traje rayado, el uniforme. Allí nos condujeron desde el sector principal de Auschwitz. Cuando bajamos del carro nos golpearon furiosamente y al día siguiente tuvimos que empezar con el trabajo debajo de la tierra.

Nuestro ritmo diario era siempre el mismo. Nos levantábamos a la madrugada, buscábamos el café con 200 gr. de pan por persona y sometidos a golpes, comíamos, para ser luego conducidos a los pozos, donde nos golpeaban sin razón y con un odio demoníaco e indescriptible. En las minas no había SS sino civiles alemanes, allí trabajábamos de 6 a 16 horas.

De regreso al campo nos dejaban bañarnos para luego, y bajo los golpes, tener que arrastrar pesadas piedras, sin ningún objetivo, solo por sadismo, de un lado del patio al otro hasta las 18 horas y finalizar con una sopa aguada, que era toda nuestra comida.

Tampoco la noche era tranquila. Por pura vejación y humillación, nos bajaban de los catres para arrastrar piedras, o golpearnos. El odio era indescriptible, los domingos también teníamos que trabajar. Recuerdo uno de esos días en el que remolcamos un pesado cable de 600 metros de longitud; como la orden

del Kapo no fue entendida por nosotros, ya que estábamos muy lejos, éste quería matarnos. Yo me ofrecí entonces para colaborar y retransmitir la orden, por lo que me golpeó con su puño en el ojo, y mi cara se cubrió de sangre.

Tanta crueldad y sufrimiento no pueden ser descritas con palabras... Aún estando muy enfermo, me presentaba a trabajar por temor a ser "eliminado". Cada par de semanas había selecciones, los enfermos o débiles eran asesinados, pero a nosotros nos decían, para engañarnos, que eran enviados a "recuperación".

Por el desván en el que pasé 13 días en cuclillas, ubicado a metros de la cámara de gas, y por una rendija, veíamos la llegada de los transportes franceses y oíamos el llanto desgarrador de las madres con sus niños mientras eran conducidos a las cámaras de gas.

¿Cómo puedo describir nuestro sufrimiento? Fuimos víctimas y testigos directos de estas escenas de muerte. Hay un sufrimiento del alma que nunca podrá expresarse en palabras.



A principios de 1945 fuimos conducidos a pie fuera del campo en dirección a Gleiwitz, en una "marcha de la muerte". Hubo una terrible tormenta de nieve y no nos dieron nada para comer. Moríamos de hambre y sed, pero quien intentaba levantar un poco de nieve para mojarse los labios era fusilado en el acto. Era una escena siniestra, a los costados de la carretera yacían cientos de muertos.

Por la noche fuimos conducidos a una fábrica de ladrillos, en la cual tuvimos que esperar hasta la madrugada sentados en el suelo, hasta que nos dirigieron a Rauden donde llegamos al mediodía. Allí logré, junto con un jovencito llamada Markovich, escapar a una granja. Yo logré sobrevivir, pero el joven fue descubierto y fusilado.

Permanecí en los bosques, donde viví escondido hasta que los rusos me liberaron como esqueleto vivo.

Luego de mi liberación me quedé en Alemania hasta el año 1951 cuando logré emigrar a la Argentina. En 1947 me casé, y tuve dos hijos, Jaim Lipman y Enrique.

Aún hoy, soy un hombre sufriente, que no puede olvidar las humillaciones, el hambre y los castigos que padeció a manos de los nazis. Pero conservo la fe y la esperanza en un mundo mejor. ■

Traducido al castellano por Lic. Philipp Mettauer.

Transformación

Erich Fried*

*Lentamente en tres o cuatro semanas
o de pronto de la noche a la mañana
mis chicas se me convierten
en tías y viejas primas*

*Las veo mascar temerosas
con sus dientes postizos
y secarse con dedos gotosos
sus rostros escupidos*

*Llegan con valijas y bultos
a Theresienstadt
caen por las ventanillas
y andan a tientas tras los anteojos*

*Si se desperezan en la cama
tratan de enderezarse
durante la selección de los enfermos
para no correr riesgos*

*Les veo el semblante azulado
cuando las beso por las mañanas
apiladas de a seis
limpiadas con manguera*

*de inmundicias y vómitos
listas para el transporte
desde la cámara de gas
a los hornos crematorios*

* E. Fried, *100 Gedichte ohne Vaterland*.
Berlín: Klaus Wagenbach, 1978.
Traducción del alemán: Ana M. Cartolano.



Primo Levi

Si ahora no, ¿cuándo?*

*¿Nos reconocéis? Somos las ovejas del ghetto,
esquiladas durante mil años, resignadas a la ofensa.
Somos los sastres, los copistas, los cantores
marchitos a la sombra de la Cruz.*

*Ahora hemos aprendido los senderos del bosque,
hemos aprendido a disparar, y damos en el blanco.*

¿Si yo no soy por mí, quién será por mí?

¿Si no es así, cómo? Si ahora no, ¿cuándo?

*Nuestros hermanos subieron al cielo
por las chimeneas de Sobibor y de Treblinka,
se cavaron una tumba en el aire.*

Sólo unos pocos hemos sobrevivido

*por el honor de nuestro pueblo hundido,
por la venganza y el testimonio.*

¿Si no soy yo por mí, quién será por mí?

¿Si no es así, cómo? Si ahora no, ¿cuándo?

*Somos los hijos de David y los obstinados de Massada.
Cada uno de nosotros lleva en el bolsillo la piedra
que le abrió la frente a Goliat.*

Hermanos, fuera de la Europa de las tumbas:

*Subamos juntos hacia la tierra,
donde seremos hombres entre los demás hombres.*

¿Si no soy yo por mí, quién será por mí?

¿Si no es así, cómo? Si ahora no, ¿cuándo?

* El presente poema está incluido en la novela de Primo Levi *Si ahora no, ¿cuándo?*,
versión española de Angel Sánchez-Gijón, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p.151.

Los médicos de la muerte

Médicos y medicina en la Alemania nazi

La combinación de estos dos términos parece una incongruencia, pues la esencia, la misión misma de la medicina es salvar vidas, aliviar los sufrimientos. ¿Cómo pudo darse en la Alemania nazi tal monstruosa combinación?

Para ello es necesario remontarse un poco a épocas anteriores, especialmente al siglo XIX, que fue cuando se comenzaron a elaborar teorías que luego pudieron ser implementadas. Por supuesto que ya mucho antes se sabía que había seres humanos de diferentes aspectos. Cuando los europeos llegaron a América pudieron comprobarlo, pero recién en el siglo XIX, gracias al trabajo de ciertos antropólogos, se llegó a la conclusión que las diferencias implicaban también juicios de valor. Había seres humanos cuyas vidas valían menos que otras. Y de allí también una serie de conclusiones sociales: su estado de pobreza o atraso, no era circunstancial, sino algo orgánico que jamás podía ni debía ser cambiado, si no se quería violentar las "leyes objetivas" de la naturaleza.

La Revolución Francesa alteró esos conceptos al declarar como un prin-

cipio universal la igualdad de los hombres ante la ley, además de sancionar los principios de libertad y fraternidad. Algunos círculos sociales consideraron que esos principios atacaban e intentaban destruir costumbres y modelos sociales aceptados desde tiempos inmemoriales. Además, el vertiginoso desarrollo industrial y urbanístico creó una serie de problemas sociales: hacinamiento, enfermedades sociales se hicieron presentes. Pero curiosamente, no se culpó a las nuevas condiciones creadas por el industrialismo de ser responsables. Los enfermos mismos, es decir, las víctimas, pasaron a ser los culpables, por ser pobres y enfermos, pues eso era una señal de su "inferioridad racial", un signo de degeneración hereditaria. Se creó una nueva "pseudo-ciencia" llamada higiene racial, cuyos ideólogos fueron psiquiatras y antropólogos. Ellos proporcionaron los instrumentos ideológicos para una solución biológica a un problema que era eminentemente social. No era la enfermedad la que debía ser eliminada, sino sus portadores. Con la llegada de los nazis al poder en 1933, se crearon las condi-

ciones para que estas ideas asesinas pudieran ser puestas en práctica. Como es sabido, ya en 1933 se ordenó en Alemania que cierta categoría de personas fuesen esterilizadas a fin de que no pudieran reproducirse y propagar sus "taras hereditarias". Ya en 1923 Hitler había anunciado que había que prohibir los matrimonios entre alemanes y extranjeros, en particular con negros y judíos.

Alemania requería remedios violentos, tal vez incluso "amputaciones". Todas esas medidas producirían una depuración racial. En la última página de su libro *Mi Lucha* Hitler decía: "Un estado que en una época de contaminación de las razas vela celosamente por la conservación de los mejores elementos de la suya, un día debe convertirse en el amo de la Tierra"



Estas ideas, por sí mismas no fueron la fuente del desastre. Cuando en 1947 se estaban juzgando a esos médicos asesinos, dijo Alexander Mysterlich, el delegado oficial de la cámara de médicos de Alemania Occidental: "Antes de que tales ideas pudieran traducirse en hechos monstruosos y en rutina diaria, tuvieron que cruzarse dos corrientes cuyos resultado fueron que el médico pasó a ser un asesino con diploma, autorizado no para curar sino para matar. El ser humano dejó de ser una criatura sufriente: pasó a ser un "caso" o un número tatuado en el brazo.

A esto hay que agregar las graves consecuencias de las crisis económicas y políticas que afectaron a Alemania durante buena parte de la década del veinte y sobre todo a comienzos de la década del treinta, con su secuela de reducciones presupuestarias para atender la salud de la población. El resultado fue que miles de médicos comenzaron a afiliarse al partido nazi. Muchos que llegaron a dicha profesión llevados por el idealismo, rápidamente sintieron las limitaciones que la ciencia les imponía. Se comenzó a abrir paso la idea de que habían no solo seres inferiores que deberían ser esterilizados, sino que tenían que ser totalmente eliminados, porque eran "consumidores innecesarios e improductivos" a los que habría que mantener hasta que murieran naturalmente.

Aún hoy en día se escuchan opiniones de los herederos de tales ideas. Dicen, por ejemplo, que se debe proceder a la "discontinuación de tratamientos sofisticados aplicados a personas mayores de 75 años con el fin de prolongar sus vidas".

Pero no se trata de la Alemania nazi de los años treinta sino de los Es-

tados Unidos en las décadas del ochenta y noventa.

Ya durante los primeros años del régimen nazi, se comenzó a realizar una profunda campaña por medio de posters que demostraban la cantidad de dinero creciente que el Estado debía gastar para mantener a niños defectuosos, frente a sumas mucho menores que se dedicaban a los niños sanos. El objetivo era claro. Si ese dinero se dedicara a los niños sanos, estos podrían desarrollarse mucho mejor. Eran los enfermos y portadores de enfermedades genéticas los culpables por esa situación. Y por si eso fuera poco, en otro poster había figuras humanas: un hombre adulto cargaba sobre sus hombros dos criaturas deformes, con rostros de monos. El peso de ambos niños lo agobía.

La guerra- una oportunidad para el asesinato

El 1ro. de Septiembre de 1939, el mismo día en que Alemania atacó a Polonia, Hitler firmó un decreto que autorizaba a los médicos psiquiatras a solicitar informes a las instituciones para enfermos mentales y entregar a aquellos, que a su juicio, no tenían una cura previsible, no podían trabajar, pero también se incluían otras personas que en otra sociedad no hubieran sido considerados enfermos mentales: depresivos, no conformistas o incluso presos políticos. Ese programa, como todos los planes asesinos implementados por los nazis recibió nombres en clave. Este mal llamado plan de eutanasia, recibió el nombre clave de T-4, porque la oficina central del mismo se encontraba en la calle Tiergarten 4 de Berlín. Curiosamente "Tiere" en alemán significa animal, fiera. El edificio fue luego

totalmente destruido por bombardeos.

Los directores de instituciones psiquiátricas recibieron cuestionarios donde se les preguntaba acerca del tipo de enfermedad, tiempo de internación y capacidad para el trabajo. A los directores se les dijo que esas preguntas tenían que ver con la economía de guerra, pero no acerca del objetivo último. Luego de reunidos los cuestionarios, una comisión de tres médicos, sobre un total de treinta que formaba el equipo, visitaba los establecimientos y decidía quien viviría y quien moriría. Estos últimos inmediatamente eran transportados a centros de matanza donde eran asesinados por medio de gas. El proceso de matanza comenzó el 9 de octubre de 1939 y se prolongó hasta agosto de 1941, cuando estalló una ola de protestas, lideradas por el arzobispo von Galen. Según un cálculo estadístico preparado anteriormente, sobre una población de setenta millones con la que entonces contaba Alemania, se tenía por aceptado que el 0,01% eran enfermos mentales incurables. Hasta la fecha de la suspensión temporaria de los asesinatos, deberían haber asesinado a 70.000 enfermos. Con una típica pedantería germana informaron que lamentablemente ese número ihabía sido superado en 243 personas!, es decir, habían superado la marca que habían establecido.

Sin embargo, las matanzas no cesaron, sino que fueron suspendidas para tomarse un tiempo y estudiar nuevas medidas. Se pensó en aplicar nuevos criterios de selección, incluyendo en las listas de futuros candidatos para ser asesinados a los enfermos tuberculosos, personas mayores incapaces de trabajar y que no podían permanecer mucho

tiempo en un mismo trabajo. Todos fueron igualmente considerados minusválidos, cuyas vidas carecían de valor para la economía alemana. Existía además el formidable pretexto de que, debido a la guerra, se necesitaban más y más camas en los hospitales alemanes para atender a los heridos de guerra. Lógicamente quedaba abierta la pregunta: ¿Qué pasaría con esas víctimas de guerra que no pudieran trabajar o resultarían con una grave enfermedad mental, como consecuencia de su participación en la guerra? Matarlos resultaba más barato que mantenerlos con vida. Pero también corrían la misma suerte los pacientes que estaban detenidos legalmente por virtud de una condena o aquellos de origen judío, es decir personas que como resultado de su clasificación social o racial no necesitaban de ninguna resolución médica para ordenar su asesinato.

Mientras tanto, los responsables de la ejecución de dicho plan, ante el requerimiento de los médicos, se avinieron a emitir instrucciones más precisas a fin de reducir el número de pacientes mentales crónicos, aunque tomaron en cuenta la posibilidad de realizar previamente una terapia intensiva.

Incluso pensaron en abrir dos departamentos dedicados a la investigación neurológica y psiquiátrica básica, planeando también emitir su propia publicación científica con los resultados de sus investigaciones. Estos planes debieron ser encajonados debido a la gran ola de derrotas que comenzaron a suceder a partir de 1942. Sin embargo, a medida que la guerra fue ampliándose, el plan T-4 encontró la posibilidad de incluir a más y más gente en la categoría de posibles víctimas, extendiendo su campo de acción mu-

cho más allá de los simples enfermos mentales. Los criterios para las matanzas clínicas se fueron extendiendo, abarcando ya no solo el antiguo territorio alemán, sino a todos los internados en las clínicas de la Unión Soviética, sin ninguna excepción. Se podría decir irónicamente que allí, además, los enfermos mentales sufrían de otra enfermedad incurable: eran comunistas.

En cuanto a Alemania, los desastres de la guerra, los enfermos y heridos traídos de los frentes de guerra, los civiles víctimas de raids aéreos, también presentaban serias perturbaciones mentales, por lo que fue-



ron trasladados a instituciones para enfermos mentales, donde se les dio muerte, no con gas sino mediante el uso de sobredosis de tranquilizantes.

Como puede imaginarse estos asesinatos realizados por médicos, que nada tienen que ver con la eutanasia, fueron rápidamente utilizados para fines totalmente distintos. Con la experiencia acumulada en matanzas de enfermos mentales, y otros, se pudo con toda lógica pensar que esos mismos métodos se podrían

aplicar en mayor escala, a escala industrial. Así fue como ya en 1941, hicieron su aparición unidades móviles en Croacia, el primer país donde se usaron esos métodos para matar a gran cantidad de gente; luego en Chelmno, en Polonia a fines de 1941 y finalmente, a partir de 1942, con la construcción de los grandes centros de matanza a escala industrial en Auschwitz-Birkenau, Maidanek, Belzec, Sobibor y Treblinka. Allí, con métodos totalmente industrializados se podía asesinar a millones de víctimas, a las que conducían desde todos los rincones de Europa. No todas las víctimas fueron judíos. Gitanos, homosexuales, enemigos políticos y toda una gama de gente indeseable, como por ejemplo prisioneros de guerra soviéticos, fueron asesinados en las cámaras de gas. Pero todos los judíos eran candidatos a ser víctimas.

Y para finalizar, dos detalles interesantes: el personal que trabajó en un principio en la matanza de enfermos mentales en Alemania, debido a su experiencia fue el que entrenó más tarde a los que accionaron los grandes campos de exterminio, y segundo, no todos los médicos que participaron en esos asesinatos fueron condenados o sufrieron largas penas. Algunos fueron condenados y ejecutados. Otros, muy pocos, llegaron a entender la monstruosidad que habían cometido y se suicidaron antes de ser juzgados. Muchos, lograron hacer importantes carreras médicas, como si nada hubiera pasado. Su conciencia no los molestó jamás. Uno de ellos, Joseph Mengele, huyó a la Argentina y abrió un laboratorio de análisis clínicos, porque la Universidad de Munich invioló su diploma de médico. La justicia argentina se negó a extraditarlo. ■

DOS CARTAS INEDITAS DE STEFAN ZWEIG

El epistolario inédito entre Stefan Zweig y Alfredo Cahn*, su representante y traductor al español en Buenos Aires, abarca un amplio período que va desde 1925 hasta la enigmática y breve esquelada fechada el 21 de febrero de 1942, un día antes del suicidio del escritor austríaco en Petrópolis. En la temática de las cartas predomina, como es lógico, el intercambio de opiniones acerca de la producción literaria de Zweig, su traducción, edición y comercialización; sin embargo existen momentos en los que la correspondencia da un vuelco hacia lo confidencial y refleja los cambiantes estados de ánimo del autor de *Jeremías*. A partir de 1940, y después de su segunda visita a Buenos Aires, circunstancia que puede haber acercado más íntimamente a ambos corresponsales, es frecuente que Zweig incorpore a sus cartas dolorosos comentarios acerca de su situación: uno de los motivos recurrentes es el de la penosa peregrinación del exiliado. En medio de las frases depresivas surgen, no obstante, numerosos proyectos de trabajo, prueba de que el escritor sostuvo hasta el final una valiente lucha para sobreponerse al radical pesimismo que lo embargaba al considerar la marcha de la guerra.

El nefasto 1933 representa otro momento en el que Zweig abandona su natural discreción. En la carta del 6 de junio de ese año denuncia la situación política alemana y la actitud de la intelectualidad ante el avance nazi. Manifestaciones como esta no representan la norma del

epistolario y son escasas en los años que siguieron, quizás a causa de la censura. Ya aquí apunta una frase que expresa una verdadera regla de conducta frente a la tormenta que se avecinaba: "Hay que recluirse en uno mismo y en el propio trabajo". Harmut Müller ha escrito de él con acierto: "Su elemento fue la conciliación de las disonancias, la *Konzilianz*, que sentía como algo típicamente austríaco, y que fue para él mismo un elixir de vida. Los conflictos de opiniones, las querellas intelectuales, (...) la recusación de los derechos del adversario, toda clase de agresividad, y particularmente todo pronunciado partidismo en los conflictos políticos, le fueron esencialmente ajenos". Zweig equiparaba la política al dogmatismo, y detestaba profundamente ambas cosas. Ardiente pacifista y decidido enemigo de todo lo que representaron los totalitarismos de la época, nunca quiso, sin embargo, desarrollar una acción combativa que fuera más allá de la literatura. Al declinar la invitación a colaborar en la revista de emigrados *Die Sammlung* que le hiciera su director Klaus Mann, (Zweig había comprobado el carácter manifiestamente político de la publicación), le confesó a éste: "No soy una naturaleza polémica". Estaba convencido de que, por lo menos para él, sólo había una respuesta a la provocación del nazismo: la producción literaria. Prueba de ello es el proyecto en torno a la figura de Erasmo que expone en esta carta, un personaje, por otra parte, que

coincide plenamente con sus ideales humanistas. Su conducta no era un caso aislado: la negativa a participar en la vida política fue, en cierto modo, típica en la conducta de muchos intelectuales burgueses hasta 1933, y aún después. Política y cultura debían estar cuidadosamente separadas.

Su desinterés por la política estaba, sin embargo, en total contradicción con la asombrosa penetración con la que supo ver, desde un principio, la gravedad de los hechos. "¡Qué atroz el despertar de una psicosis semejante!" exclama aquí, contemplando ya premonitoriamente la catástrofe final de Alemania. También de 1933 son los conceptos de una carta que envía a Thomas Mann: "La mentira extiende descaradamente sus alas y la verdad ha sido proscripta; las cloacas están abiertas y los hombres respiran su pestilencia como un perfume". De un modo mucho más lúcido que muchos de sus amigos y colegas (que se burlaban de él tratándolo de "viejo Jeremías"), Zweig reconoció que Hitler estaba decidido, desde el principio, a una gran guerra. Cuando el 1º de septiembre éste entró en Polonia Zweig escribió en su Diario: "Los viejos sentimientos de Casandra han despertado de nuevo".

En la otra carta que publicamos, fechada el 21 de marzo de 1933 (Hitler había llegado al poder en enero), en la Zweig se disculpa por no poder viajar a la Argentina, declinando la invitación que le habían hecho (vendrá en 1936), alude, sin nombrarla

específicamente, a la persecución de la que son víctimas eminentes intelectuales de raza judía. Él mismo sufriría, un poco más tarde, un registro de su domicilio por una presunta existencia de armas similar al mencionado aquí, hecho que provocó su indignación y contribuyó a su partida de Viena, un alejamiento circunstancial que luego se convirtió en definitivo. Zweig, que aquí se refiere a sí mismo como autor "de una raza extranjera", aceptó desde la infancia su propio origen, aunque había sido criado en una familia asimilada, sin educación religiosa. Como sucedió con muchos otros intelectuales de su misma raza, el nazismo lo obligó a tomar conciencia de su identidad judía, condición que para él había sido hasta ese momento algo natural. Así lo demuestran las palabras que en 1916 le había escrito a Martin Buber: "[Siento mi judeidad] del mismo modo como siento los latidos de mi corazón cuando pienso en ello, y dejo de sentirlos cuando no pienso." ■

* Alfredo Cahn había nacido en Zurich, Suiza, en 1902, en el seno de una familia judía. Después de una breve estadía en España, emigró a la Argentina en 1924. En nuestro país se desempeñó como traductor y agente literario. Publicó algunos libros de ensayos y numerosos artículos literarios en diarios y revistas especializadas. Durante varios años fue profesor de Literatura Alemana en la Universidad Nacional de Córdoba. Las cartas que publicamos pertenecen a un epistolario inédito que conservaron hasta hace poco los herederos de Alfredo Cahn.

dem Kreis: mögen Sie auch das
an ihre lieben, den Blick, den Griff,
die Melodie, so stehen wir doch bei
einem Herzen am nächsten, denn
unbewusst vielleicht - für uns ist



Salzburgo, 21 de marzo de 1933

Querido señor Cahn:

Le agradezco de todo corazón su bondadosa carta, pero desde lejos usted no ve en qué situación terrible nos encontramos entretanto aquí. Probablemente los movimientos en Alemania han de tener muy pronto su repercusión, y en tales circunstancias para mí sería inimaginable alejarme de casa por largo tiempo; es que ahora incluso debo evitar viajar a Alemania, porque la libertad de uno no está totalmente asegurada. Qué más necesito decirle cuando hoy a Bruno Walter ya no se le permite dar un concierto en Alemania, y se ha hecho un registro en casa de Albert Einstein para averiguar si ocultaba un arsenal. Ahora es preciso estar presente, y por eso he tenido que anular telegráficamente las conferencias que debía dar en Suecia y Noruega en marzo y abril. Pero seguro que en los años venideros, dígame esto a esos señores, iré con el mayor gusto, y ya nos pondremos de acuerdo sobre las condiciones.

(...) Ah, querido señor Cahn, si usted supiera qué tiempos estamos viviendo ahora; probablemente muchas de las tensiones se resolverán a la larga, pero por el momento, para autores "de una raza extranjera" como yo, todo está muy mal en Alemania, y la situación en Austria, en el filo de la navaja.

Cuando llegue esta carta, todavía por vía aérea, quizás muchas cosas ya hayan cambiado.

Un millar de saludos de su

Stefan Zweig

das Ganze, für den großen schönen
Willen und für alle die viel lieb
die Sie diesen Menschen - für
uns - mitgegeben habe

don Sorge gemacht,
es vielleicht nicht

Au' mere lieben, den Blich, d
die Helodie in T. l



Salzburgo, Kapuzinerberg 5, 6 de junio de 1933

Querido señor Cabn:

Le agradezco mucho su amable carta. La situación alemana lo agobia a uno no tanto por la actitud del gobierno, que solamente cumple con su programa partidario, conocido desde hace mucho tiempo, sino por lo que yo siento como oprimente, la cobarde y temerosa actitud de nuestros camaradas locales, que incluso no están afectados, y entre los cuales no hay uno solo que hasta ahora haya encontrado el coraje de pronunciar una palabra libre y terminante. Furtwängler lo ha hecho, por Bruno Walter y por la música, sin que esta conducta lo haya perjudicado en lo más mínimo. Pero Gerhard Hauptmann y todos los demás callan, y lamentablemente ese silencio puede ser considerado como consenso.

Lo que encuentro más peligroso es que ahora, sistemáticamente, en las escuelas se le enseña a toda la juventud que Alemania siempre ha tenido razón, y que está en su derecho y todas las otras naciones, razas y religiones están equivocadas; que a consecuencia de tal educación escolar y de una prensa cada vez más unificada, la juventud es inducida, absolutamente convencida, a esa "espiritualidad"; que se considere el pacifismo como cobardía y neurastenia, y se elogie la guerra como auténtica virilidad e ideal moral. Y así, realmente entusiasmada y sin duda sincera, con fe constante y ojos azules, toda una generación nueva marcha ahora al encuentro de mesiánicas promesas que, según mi opinión puramente lógica y racional, no pueden cumplirse, porque Alemania vive entre las otras naciones y me resulta imposible imaginarme una hegemonía real del espíritu y el poder.

¡Qué atroz el despertar de una psicosis semejante! Por eso los círculos dirigentes recurren a todo para evitar ese despertar. Se opera con los narcóticos más fuertes, y con desfiles, celebraciones y procesiones espléndidamente escenificadas se crea un "discurso del vencedor", una exaltación antes de la verdadera batalla, como después de obtener una victoria. Es verdad que diez años en la vida de un pueblo son sólo un suspiro, pero en nuestra vida privada, a la que la guerra y sus consecuencias ya le han arrebatado una buena parte de despreocupada seguridad, es claro que son una carga pesada y probablemente irreparable. Hay que recluirse en uno mismo y en el propio trabajo. Según mi parecer, una real resistencia es tan imposible como fue en 1914, en el momento de la guerra, hablar contra la guerra; en realidad sólo se la pudo establecer medio año después, cuando la primera borrachera se había disipado. Por eso tampoco yo escribiré ahora, y le pido que considere estas palabras como absolutamente confidenciales. Ya llegará la hora de hablar, sólo es necesario esperar el momento preciso.

Estuve en Suiza sólo por aquella conferencia. Mientras sea posible me quedaré aquí, porque en mi fuero interno considero peligroso emigrar, tanto como un llamamiento a otras naciones extranjeras. Los agravios que el gobierno alemán ha hecho, por ejemplo la quema de libros, no los ha hecho en secreto sino públicamente. Ha puesto en discusión sus actos y opiniones del modo más desembozado, por lo tanto es superfluo aludir especialmente a eso.

En este momento estoy trabajando en un libro sobre Erasmo de Rotterdam. Al principio la elección le puede parecer extraña pero es, a semejanza del Jeremías, el intento de representar en un símbolo una actitud moral que hoy está prohibida. Erasmo de Rotterdam fue un apóstol de la humanidad, [un ejemplo de] neutralidad del más alto rango, y fue vencido por su tiempo precisamente como nosotros por el nuestro; y como en el caso de Jeremías, quisiera aquí, en un libro histórico, celebrar la derrota de un pensamiento que sin embargo nunca podrá ser vencido.

(...) Si actualmente no llega allí ningún libro de Alemania, eso tiene una causa suficiente: que no se publica prácticamente nada, inter arma silent musae, la política ha dado muerte a la literatura.

Mil saludos de su

Stefan Zweig

La historia contra el olvido*

"Si sobreviví, sólo quiero una cosa: que me den cinco panes para comer"

Claude Lanzmann, en *Shoah*¹, responde a un desafío que plantea toda reconstrucción histórica que no se piense a sí misma según leyes autosuficientes de objetividad. Dejará hablar a los testigos y a los restos, durante diez horas, para captar en una película aquello que por su naturaleza se resiste a la comprensión: el holocausto judío durante el régimen nazi.

La estrategia de Lanzmann se origina en una idea: que los restos materiales de los campos de concentración pueden proporcionar, debidamente interrogados por la cámara, un sentido. Insiste en registrar y en repetir los rieles que conducían a los condenados hacia Treblinka y los caminos embarrados de Chelmno, las explanadas sobre las que se descargaba el contenido humano de los vagones, las chimeneas de los crematorios, los dinteles y las puertas hoy sin muros que rodeaban al campo, algunas piedras que fueron pisadas por los condenados en su camino hacia la cámara de gas. Registra también el sonido chirriante de los trenes, el choque de los empalmes entre vagones, el ruido de motores y de máquinas. Filma deshechos con la idea que de la insistencia sobre estos restos de una arqueología fúnebre puede extraerse un sentido. Confía a la materialidad subsistente de los campos de exterminio, la construcción de explicaciones sobre el exterminio. Sabe que sabemos, pero también cree que no sabemos lo suficiente. O mejor dicho, que sabemos del horror de la Solución Final, pero no nos hemos enterado suficientemente de su mecánica y de su administración. Lanzmann pregunta a los

testigos y a los sobrevivientes, y también a los victimarios, detalles en apariencia triviales: si hacía frío esa noche de la llegada, si las mujeres también debían desnudarse y dónde se las agrupaba, si el viaje hasta los campos de concentración había sido realmente insoportable por la falta de agua o alimentos. Lanzmann filma paisajes casi bucólicos: las dunas del campo de concentración en Belzec o el plácido río Ner que pasa por Chelmno. Estos paisajes cumplen una doble función: se muestran como escansiones del relato, por una parte; se muestran como ejemplos de que no hay felicidad natural que, allí en Polonia, no lleve desde comienzos de los años cuarenta el estigma de la muerte: sobre las dunas, un resto de chimenea o un muro que delatan el campo de exterminio; junto al Ner, la carretera barrosa donde algunas veces los camiones-cámaras de gas arrojaban, después de una frenada brusca, su carga de judíos que no terminaban de morir y a quienes algún oficial despenaba de un tiro. Por eso, a los choferes se les recomendaba una velocidad media y sin sacudidas.

Frente a la muerte, paisajes y preguntas pueden parecer poco significativos y, sin embargo, a partir de ellos, en el modo arqueológico de quien reconstruye a la bestia partiendo de un hueso, el perfil material de la muerte abandona el infierno de las generalidades. El film se ocupa largos minutos con el corte de pelo a las condenadas o con la disposición de los pasillos y galerías que ordenaban la línea de producción de muerte en el campo. ¿Quién pagaba los

pasajes de los judíos hasta los campos de exterminio? La pregunta sólo es banal desde una perspectiva de superficie: responderla proporciona un ángulo no operístico sobre la muerte de millares; organizar el exterminio requirió de nuevas y complicadas tecnologías. Por eso Lanzmann hace también las preguntas que menos se hicieron y que, inesperadamente, disparan las respuestas más impresionantes porque reorganizan el aprendido discurso sobre la represión, la crueldad y el número. Pregunta a los oficiales nazis cuáles eran sus instrucciones, no las de una política general, sino las pequeñas y cotidianas que tenían que ver con la disposición de los cadáveres y la relación entre número de muertos y posibilidad de incinerarlos. Si este número no mantenía una relación más o menos armónica, comenzaban a acumularse los cadáveres, el olor nauseabundo, las posibilidades de una peste. *Shoah* demuestra que la tarea de matar no era sencilla y, por este camino, convence sobre la deliberación de todo lo actuado, sobre la excepcionalidad de la Solución Final, sobre su poder para teñir todo el régimen nazi.

Lanzmann no usa una sola imagen de archivo: prescinde de las fotografías de cuerpos macilentos, de cadáveres amontonados, de niños portando la estrella amarilla sobre el abrigo. Sostiene, implícitamente, que estos documentos han dado, por ahora, todo lo que podían dar. Fueron vistos miles de veces y si no han perdido su verdad documental, nos han ido acostumbrando a su horror. Construye *Shoah*, entonces, con otras

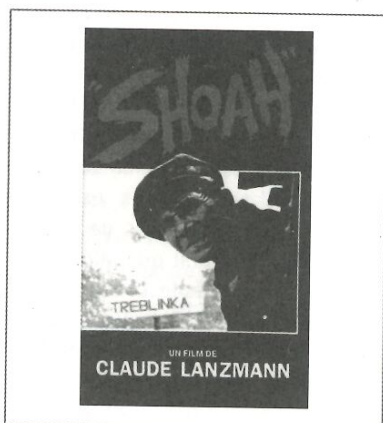
imágenes, que todavía no habían rendido la significación de la que son portadoras, o, para hacer justicia a la estrategia de Lanzmann, la significación que él les extrae.

Shoab está pensada sobre la repetición y, en este sentido, la sintaxis de la película copia la repetición de los actos sobre los que habla. La monotonía de una empresa de exterminio es inevitable, en la medida en que la decisión del régimen nazi fue la de terminar con todos los judíos en un tiempo que no podía ser infinito. Esto diferencia fuertemente al Holocausto de otras empresas de represión, tal como, además, es puesto en evidencia por el debate de los historiadores alemanes. Podría decirse que *Shoab* abre el interrogante sobre las condiciones de posibilidad material de la empresa y que sobre ello interroga a sobrevivientes y a victimarios de un modo frío e insistente.

La pregunta materializa los temas ideológicos: ¿cómo alguien pudo pensar que la Solución Final era posible? Y no sólo desde la perspectiva moral, sino también desde los problemas abiertos ante su planificación concreta. El resultado a que llegan estas cuestiones no es para nada banal: quien fuera colaborador de *Les Temps Modernes* sabe que una represión tiene su momento materialmente repugnante y no sólo su etapa de ideación. Por eso, *Shoab* insiste en el detalle no para delinear el campo de la anécdota individual sino para presentar lo concreto de la historia, la perspectiva que coloca a su objeto, más allá de la emoción, en el registro material de la administración de la muerte.

Por eso, también, las imágenes finales de *Shoab* no registran la topografía de los campos, ni las caras de sus víctimas sobrevivientes. Por el contrario, la historia del exterminio termina sobre un paisaje fabril de la cuenca del Ruhr, que empuja a pensar cuáles son los lazos (metafóricos, simbólicos, ideológicos o sociales) que se anudan entre los hechos de la década del cuarenta y el presente.

Lanzmann recorre ese paisaje de fábricas con la pregunta silenciosa: ¿qué queda de ese pasado en el presente?. Y sobre esas fábricas se escucha su voz leyendo la instrucción secreta del Reich emitida el 5 de junio de 1942 acerca de los cambios que es necesario introducir en los camiones-cámara de gas para que estos cumplan eficazmente su doble propósito de matar y trasladar. *Shoab* carece de alegato final o, mejor dicho, se niega absolutamente a otro alegato que no sea, nuevamente, el del registro histórico de la técnica desplegada en el exterminio. Instrucciones simples e higiénicas sobre cuántas "piezas"



cargar en los camiones y las ventajas que acompañan la disminución del número de "piezas" para la celeridad y eficacia de la faena. Son relaciones materiales cuantificables: a menos judíos, más gas venenoso; a más gas, menos tiempo de duración operativa, mayor velocidad del transporte, mayor seguridad de que todos lleguen muertos a destino.

La historia del niño judío que salva su vida porque puede cantar agradablemente y aprender las canciones que le enseñan los SS ("cuando los soldados marchan por la calle / las muchachas abren las ventanas"), mientras los campesinos polacos también ven y escuchan, da una dimensión de la vida cotidiana bajo el nazismo que es menos concesiva que aquellas que trabajan la hipótesis de que, aún bajo el horror, la vida continuaba. Lanz-

mann quiere más bien decir: la vida, a veces, continuaba en el horror y esto es lo que vale la pena recordar. La constancia del horror puede no destruir materialmente todo, pero al mismo tiempo nadie se salva de esa presencia permanente. Entre dos posibilidades de discurso (no se sabía nada / no se quería saber) Lanzmann trabaja con la idea de que aun los gestos menos hostiles llevan la carga de la época. Por ejemplo, el gesto con que los aldeanos polacos le avisan a los judíos que su viaje en tren es hacia la exterminación. Una y otra vez esos campesinos se pasan el dedo índice por la garganta, indicando el próximo degüello, una forma rural de la muerte que los alemanes habían reemplazado por la tecnología del gas. Repetido hoy, ante la cámara de *Shoab*, el gesto es obsceno.

Espectadores argentinos de Shoab, acosados por la moda del olvido propuesta por el presidente Menem, no podemos dejar de pensar: el reciente indulto a los responsables de crímenes aberrantes es considerado por quien lo otorgara como un tributo a la reconciliación nacional; las frases banales ("dar vuelta una página", "reconciliarse para construir el futuro", "pacificar") expresan el proyecto utópico de la igualación en el olvido; la operación incluyó a la historia reciente y, también, a la del siglo pasado; mientras el cura Ezcurra proponía a Rosas como modelo de la juventud, se preparaban los decretos del indulto; en ambos casos se proponía olvidar: quién fue Rosas, quién fue Sarmiento, quiénes fueron los Libres del Sur, quiénes son los militares y los montoneros, quiénes fueron las víctimas y los sobrevivientes; sólo olvidando, efectivamente, esa reconciliación de panteones es posible; sin olvido, el carnaval histórico que se nos propone es impracticable; como en el debate de los historiadores alemanes, el sentido de los últimos años está en juego y este sentido es una construcción pública que mantiene una relación doble (e inevitablemente tensa) entre las pruebas mate-

riales y los valores; el indulto desprecia esas pruebas y afecta los valores a partir de los cuales hombres y mujeres se consagraron y probablemente seguirán consagrandose a recogerlas;² la igualación amnésica de la historia es, entre otras cosas, una ofensa al presente.

¿Por qué Lanzmann filma Shoah?

La pregunta es sobre la *necesidad de este film*. Después de todo lo que se escribió y se filmó sobre el holocausto, ¿cuáles pueden ser las razones de esta película? Lanzmann recopila un saber sobre los campos de exterminio y, en este sentido, *Shoah* tiene la hipótesis de que siempre se sabe demasiado poco, que lo que se sabe tiene la fragilidad de un discurso que puede ser olvidado y, por lo tanto, que es necesario volver una y otra vez sobre ello, porque el tiempo, las ideologías, la política de los estados, el cansancio de la culpa (como dice Habermas en su debate con los historiadores), o el cansancio que produce la monotonía del horror, carcomen ese núcleo de saber que comenzó a constituirse en la posguerra. Ha pasado casi medio siglo y es preciso levantar nuevamente el monumento que recuerde el horror, no para intensificar ese recuerdo sino para poner un obstáculo a su quizás inevitable deterioro. Las imágenes impactantes de los años cuarenta y cincuenta se han percudido y frente a eso *Shoah* quiere devolverles el esplendor fúnebre que tuvieron. Como en el diálogo escrito por Marguérite Duras para *Hiroshima mon amour*, la película de Lanzmann repite: no has visto nada en Treblinka.

La relación entre memoria y olvido puede ser objetivada en un discurso, pero para que la relación exista, debe también existir el documento que dé a la memoria por lo menos tanta fuerza como al olvido: el documento que se imponga como sustento de la memoria y que la memoria tiende, inevitablemente, a rechazar.

En efecto, la historia de los historiadores y la historia presente en la memoria colectiva son distintas: "Para el historiador, Dios mora en los detalles. Pero la memoria se subleva, denunciando que los detalles se han transformado en dioses".³

Lanzmann corre el riesgo de esta sublevación, de la que se defiende a partir de una definición de lo que es detalle: aquello que menos conocíamos. No el primer plano de la muerte, sino el plano lejano de un paisaje nevado, de un bosque agitado por el viento, de una aldea campesina, donde estuvo el campo de concentración. Si el detalle de la muerte subleva a la memoria, otro detalle, el de las cabelleras de las mujeres judías que caían bajo las tijeras del peluquero judío antes de entrar a la cámara de gas, enfrenta la sublevación de la memoria con la sorpresa de que todavía sabemos muy poco de Treblinka. Las horas en que suceden los hechos (por ejemplo las horas registradas en el diario de un dirigente judío como Czerniakow, el mismo día de su suicidio) son tan importantes para Lanzmann como la muerte, precisamente porque pueden restituir una noción concreta de tiempo, que el olvido oblitera en un flujo de desastres cuya repetición los condena a perder su carácter individual y, por lo tanto, a integrarse en un relato convencional, repetitivo, hipercodificado: una narración, cuya letra conocida destruye la extrañeza y la distancia.

La cuestión pasa entonces por una materialidad nueva que el detalle acumula sobre la muerte conocida y en proceso de olvido. Aun cuando se piense que se sabe, en esta seguridad de saber hay un malentendido: sobre este punto, sobre el holocausto, nunca puede saberse todo y, tampoco, nunca podrá resignarse a un saber parcial que es a la vez inevitable (como de toda práctica) y enemigo de la memoria. En cuanto se acepta "saber menos" se aceptará la posibilidad de olvidar. Y, si se acepta la posibilidad de olvidar, lo siguiente no

es la repetición (puede o no serlo) sino el acto de resignar los valores que el holocausto destruyó junto con la destrucción de los judíos. Volver a la cuestión no es, entonces, una actividad meramente del recuerdo fáctico, sino del *recuerdo de las razones de la condena*. Los detalles pelean por la presentificación del pasado para hacer presentes los valores que en ese pasado fueron afectados por unos y defendidos por otros. En este sentido, *Shoah* no intenta un movimiento sólo reconstructivo sino *prospectivo*. No dice solamente "esto se hizo", sino "esto pudo (y puede) ser hecho". ■

¹ *Shoah*, presentada por la AMIA y la Sociedad Hebrea Argentina, fue proyectada en Buenos Aires en 1989 y posteriormente emitida, durante cinco días consecutivos, por una de las empresas de televisión por cable. La película dirigida por Claude Lanzmann, fue filmada y editada a lo largo de cinco años, y concluida en 1985. Producida por Le Films Aleph e Historia Films con la participación del Ministerio de Cultura de Francia, tuvo como directores de producción a Stella Gregosz-Quef y Séverine Olivier-Lacamp; los asistentes de investigación fueron Corinna Coulmas, Irène Steinfeldt-Levi (también asistentes de dirección) y Shalini Bar Mor; los directores de fotografía fueron Dominique Chapuis, Jimmy Glasberg y William Lubchansky; la cámara estuvo a cargo de Caroline Champetier des Ribes, Jean-Yves Escoffier, Slavek Olczyk y Andrés Silvert; los sonidistas fueron Bernard Aubony y Michel Vionnet; el montaje fue realizado por Ziva Postec y el montaje de sonido por Daniella Fillios, Anne Marie L'Hôte y Sabine Mamou. El film tiene aproximadamente diez horas de duración. *Shoah* lleva como epígrafe el siguiente texto de Isaías, 56, V: "Yo les daré un nombre imperecedero"; las primeras palabras que se escuchan, sobre la primera imagen, son pronunciadas por un sobreviviente del ghetto de Varsovia: "Me dije: Soy el último judío, voy a esperar la mañana, voy a esperar a los alemanes".

² Andrés Di Tella abre, en su video *Desaparición forzada de personas*, perspectivas sobre el detalle material de los campos de detenidos durante la última dictadura militar en Argentina que son parte de este trabajo de restauración histórica del pasado para evitar precisamente su repetición presente, por un lado; y para subrayar los valores que la empresa reconstructiva tiene en su origen.

³ Josef Hayim Yerushalmi, "Reflexiones sobre el olvido", en Y. Yerushalmi, N. Loraux, H. Mommsen, J. C. Milner y G. Vattimo, *Usos del olvido*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p. 24.

* Publicado en: *Punto de vista*. Año XII, Nº 36 - Buenos Aires, diciembre de 1989.

Acercas de la representación y los testimonios en los museos de la Shoá

Los museos de la Shoá presentan algunas características particulares que se pueden organizar alrededor de dos grandes ejes temáticos, a saber:

1- La extrema dificultad que supone representar el horror de hechos siniestros imposibles de simbolizar.

2- La importancia de los testimonios orales y la necesidad de su inclusión en las políticas de la memoria, dado su gran valor histórico y la eficacia educativa que implica la transmisión directa de lo acontecido por parte de los protagonistas.

En relación a la representación museística, se deben sortear dos riesgos extremos, los que oscilan entre la exhibición obscena y abyecta del horror -con la consiguiente presentación de imágenes que generan un mecanismo de negación o huida-, y el polo opuesto, que supone construir una representación absolutamente simbólica o metafórica, con alto valor estético, que diluye, empero, la intensidad y la violencia de los hechos originarios.

En ambos casos se pierde el sentido educativo y el mensaje ético que

deben configurar el objetivo esencial de un museo, ámbito que no debe limitarse a la simple mostración de una época o hecho histórico, con un mero afán académico.

Se trata de generar en el visitante una identificación con la escena e incorporarlo como observador y a la vez como protagonista, buscándose en cualquier caso la apropiación por parte de éste de un mensaje ético y no meramente informativo.

Los propósitos educativos no se logran jamás ni con una excesiva distancia simbólica que rompe el efecto empático, ni con un obscuro y morboso exhibicionismo, que anoda y aterra al visitante. Se trata de encontrar el justo equilibrio entre la mostración y el procesamiento simbólico y/o artístico de los hechos, tendiendo a facilitar un contacto vivencial a la vez que reflexivo.

Los hechos traumáticos tienden a ser olvidados; la palabra los reinscribe en el registro simbólico, condición ineludible para su transmisión.

Debemos cuidarnos de la complicidad del silencio que puede esconderse detrás de un esteticismo vacío. Si el recordar nos violenta, y mostrar el horror distancia a las nuevas generaciones, entonces ¿cómo lograr

una adecuada distancia simbólica sin producir identificaciones histéricas o el atrapante goce masoquista que genera lo puramente abyecto?.

Por el contrario la estetización abusiva puede hacer perder la densidad existencial de los hechos, obturándose o desmintiéndose así la verdadera trama histórica. Lo bello no siempre es lo justo, y a menudo configura una manera de domesticar el horror.

Se intenta, pues, desarrollar obras testimoniales con modos de representación que no abrumen o angustien excesiva e innecesariamente.

Un museo de la Shoá trata de representar lo que no tiene nombre ni sentido, con la consiguiente dificultad de llevar al plano simbólico lo real siniestro e irrepresentable, que no debió de haber acontecido jamás. Las expresiones artísticas posibilitan en parte diluir esa necesaria e imprescindible tensión entre historia y memoria.

Encontramos modos paradigmáticos de representación en la película *Shoáb* de Claude Lanzmann, en la escritura de Primo Levi, en la poética de Paul Celan, en el film *Noche y niebla* de Alain Resnais, etc. obras donde se articulan logradamente un mensaje estético a la vez que ético.

Acerca de la representación y los testimonios en los museos de la Shoá

En ellos vemos un tratamiento alegórico y metafórico de lo real inenarrable, que se aleja del patetismo a la vez que de cualquier obturación con excesos de sentidos explicativos que a nada conducen.

No debemos entonces embellecer lo siniestro sino contornear el agujero de la pura pulsión de muerte que anida en esa época de espanto, con obras que nos transmitan la verdadera esencia de lo acontecido.

Las expresiones artísticas han intentado vencer esa imposibilidad de poner palabras al horror. Pero es necesario encontrar de algún modo los referentes simbólicos y las palabras que aludan a los mismos, para generar ese ineludible mandato de transmisión.

En relación a los testimonios orales, sugiero una complementariedad entre la construcción histórica "positivista" (hecha de datos, cifras, documentos) y la narración vivencial de los testimonios, que aportan la dimensión existencial. La primera modalidad puede derivar en un academicismo estéril, desideologizado y cristalizado en formas vacías; y el exceso de la segunda inflexión, en un patetismo emocional sin rigor conceptual.

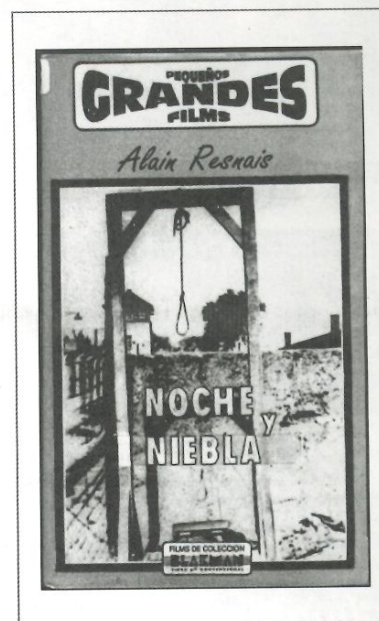
Los testimonios reivindican la memoria vivencial como modo de recuperar el registro personal y subjetivo de los hechos, dimensión invaluable por la carga que supone el relato de lo realmente vivido por la singularidad de cada sujeto.

Esta política de la memoria pareciera oponerse al rigor ordenado y reglado de la historia, que presenta los hechos en una secuencia ordenada y sistemática.

No se trata entonces de una mera oposición formal entre el archivo académico en contraposición al testimonio oral, sino de una lograda tensión entre ambos aspectos.

Esa realidad horrorosa de la que tendemos a escapar, la recuperamos, reviviéndola, en el acto mismo de contar.

Los relatos orales constituyen un aspecto complementario de la historia escrita y documental, que en algún sentido apacigua y atenúa, dado que toda información estadística u "objetiva", tiende a ocultar, merced a dicha mediación simbólica,



el exceso de horror. A la historia escrita le debemos aportar así una historia viva que se renueva con cada testimonio de los sobrevivientes. Por otro lado, ¿acaso la historia documental no adolece también del tamiz de la ideología y de las interpretaciones de los Estados y los hombres que la escriben?

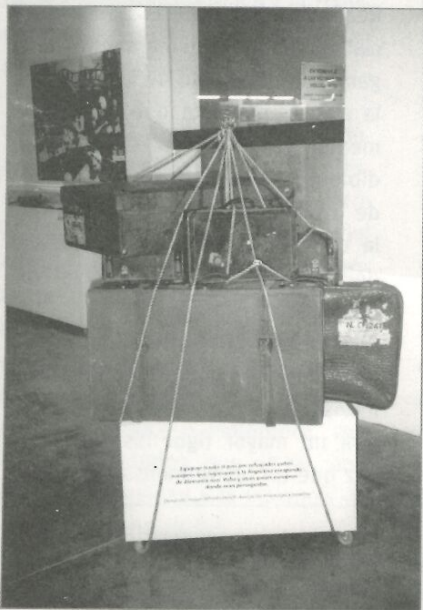
Reivindicamos pues el papel esencial del testigo y su memoria. No negamos la necesidad de las reglas de la ciencia histórica que la complementan y nos aportan el imprescindible rigor científico. La complejidad de los hechos de la Shoá exige de la complementación de lo singular del testimonio con lo general del documento histórico.

Sostenemos la necesidad de articular ambos discursos, dado que de la intersección fecunda de ambos, surgirá un mayor rigor histórico a la vez que un fuerte mensaje ético. ■

Extracto de la ponencia presentada en el V Encuentro de Historia Oral: Investigación, metodología y prácticas. (13-15 de agosto 2001).



El Holocausto
y sus resonancias
en la Argentina



Muestra Educativa

Imágenes de la Shoá

El Holocausto y sus resonancias en la Argentina.

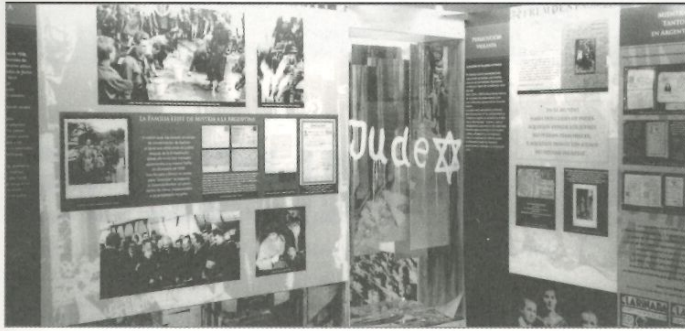
Esta Muestra educativa es la primera producción propia de la Fundación Memoria del Holocausto, fruto del trabajo conjunto de un equipo interdisciplinario de profesionales, técnicos y voluntarios. Se trata de una muestra didáctica de carácter introductorio, destinada a recorrer el país y el Exterior en forma itinerante.

Su enfoque privilegia la imagen: fotografías, mapas, documentos, dibujos y objetos -si bien los textos tienen su presencia- cuyo objetivo es brindar una primera impresión panorámica de la Shoá. El destinatario de la muestra es el alumnado de nivel medio de la escuela pública argentina.

Las "Resonancias argentinas" aluden a la perspectiva de esta Muestra, concebida desde el aquí y ahora, que pretende transmitir un mensaje significativo a la ciudadanía argentina. Es así que se abordan por una parte las políticas filonazis y neutralistas de los gobiernos del período de la Shoá, y las expresiones de repudio al antisemitismo -incluyendo citas de Borges- por la otra. Se presenta la llegada, legal o clandestina, de los sobrevivientes de la Shoá al país, al tiempo que los nazis y colaboracionistas ingresaban bajo el amparo oficial.

Este es el valor agregado que la labor investigativa y testimonial de la Fundación Memoria del Holocausto aporta a la Historia de la Shoá: brindar los testimonios de los sobrevivientes, y presentar por vez primera las fotos, los documentos y los objetos de la colección propia.

Entre los objetos exhibidos se presenta una secuencia fotográfica inédita de una deportación de judíos de Polonia hacia el tren que los conduciría al exterminio, testimonio tomado clandestinamente. También, la identificación de un niño judío de un año bordada en tela en el momento de la relocalización compulsiva en el Ghetto de Varsovia.



La perspectiva implícita en la Muestra es dignificar, humanizar y restituir la identidad despojada por los victimarios a las víctimas, a través de la presentación de historias de vida con nombres, apellidos y rostros concretos, antes que la mera exhibición de los datos estadísticos y el contexto macrohistórico. Se cumple así con el objetivo educativo de presentar una historia personalizada con la cual el público pueda identificarse.

Esta Muestra, cuya elaboración didáctica para el ámbito escolar está en curso de elaboración, puede leerse a través de distintos ejes transversales tales como la multiplicidad de roles posibles en el drama de la Shoá: víctimas, victimarios y testigos, o los dilemas éticos de los observadores -entre la complicidad y la solidaridad-; el paralelismo recurrente entre lo acaecido en Europa y en la Argentina en cada período invita a reflexionar acerca de las distintas actitudes adoptadas por los gobiernos y los sectores de la sociedad civil.

La Muestra se despliega en paneles a lo largo de doce hitos:

- La vida judía en Europa antes de la Guerra
- Los comienzos de la vida judía en la Argentina
- Período de entreguerras y Antisemitismo (1918-1932)
- Ascenso del nazismo al poder (1933-1937)
- Persecución violenta a partir de la Kristallnacht (1938-1939)
- Segunda Guerra Mundial (1939-1945)
- Deportaciones, Ghettos, Exterminio (1939-1941)
- La Solución Final (1942-1945)
- La Resistencia (1943-1945)
- Sobrevivientes en busca de un hogar (1945-1950)
- No Olvidar - Para que no se repita (1945-hasta hoy)
- Los Lipszyc – el impacto de la Shoá en la vida de una familia

Daniel Bargman
Director de la Muestra

Esta Muestra puede visitarse en la sede del Museo de la Shoá, así como también solicitar la organización de recorridos guiados para escuelas. Informes: 4811-3588.



HISTORIA ORAL Y MUSEOS

En los últimos años, la historia oral emergió como un poderoso medio para registrar y preservar la memoria y las experiencias de vida vivida de personas que, de otro modo, se hubieran perdido.[...]

La entrevista con un sobreviviente es una de las más difíciles de realizar. Pedir que narre su historia, que describa la visión de la destrucción humana de la que fue testigo, volver a vivir la muerte de su familia y amigos; describir la historia de su propia sobrevivencia es una de las peticiones más difíciles que una persona puede hacer a otra. Plantea, también, problemas éticos particulares y generales.

Desde la perspectiva del pensamiento judío, leemos en la *Torah*, (Deuteronomio XXV:17) "Recuerda de lo que Amalek hizo contigo en el camino cuando salisteis de Egipto..." "Recuerda": Zajor es un imperativo desde el punto de vista verbal y desde lo judaico, es una *mizvah*, vale decir, un precepto que el hombre puede realizar o no y, aunque no existiera, los sobrevivientes lo harían igual porque como ellos nos dicen: "...hablo por todos los que fueron acallados, veo el sol con los ojos de los que no están y es una obligación, es mi lucha por el nunca más. Me siento en deuda por la vida, porque pude sobrevivir y me hace daño pero debo hacerlo por aquellos que no pueden hablar..." (H W).

*"...no hablo yo, son aquellos
que no están los que hablan
por mi boca,
los que miran por mis ojos.
Ellos están en mi dolor,
en mis alegrías, en mis lágrimas
y sonrisas y que aparte
de sus cuerpos, viven en mí
aún sin conocerlos
y los siento bien míos..."*
(R.S.M).

*"...lo hago primero
para dejar la memoria,
para que no vuelva a suceder
y en segundo lugar,
tengo la necesidad de contarlo..."*
(L. B).

*"... los que quedamos vivos
por algo será
y debemos dar testimonio
para que no crean que todo
fue una invención.
Hago un esfuerzo al contarlo
y defendiendo una causa
y somos tan pocos
que debo dar testimonio..."*
(E. R.)[...]

A partir de los años sesenta y setenta, algunos sobrevivientes comenzaron a narrar sus experiencias. Al terminar la conflagración mundial, al narrar lo que les había acontecido recibían respuestas como estas: "Ya pasó, olvídale. Ahora es otro momento" o bien no eran escuchados o creídos. Nadie quería escuchar y tampoco se creía lo que habían hecho los nazi; entonces callaron y poco a poco comenzaron a hablar, otros hace poco tiempo que empezaron a contar lo que les ocurrió como es el caso de una de las sobrevivientes que recién el año pasado, cuando la exposición de Ana Frank, en nuestro Museo, sintió la "necesidad de contar" y otros, quizá, nunca lo narrarán. De ahí la importancia de trabajar también con la segunda y tercera generación.

Estos testimonios son historias y recuerdos de vivientes sobre su pasado, sometidas a todas las vaguedades y debilidades de la memoria humana. Ellos hablan como si su memoria pudiera dar nacimiento a esos hechos, respiran en la vida los acontecimientos que experimentaron. Nos permiten imaginar cómo debieron sentir en términos humanos y nos permiten compartir sus rememoraciones. Y esta historia oral, produce cambios en la forma de contemplar el pasado, poniendo énfasis en el proceso existencial.[...]

La entrevista es una exploración de las profundidades de la memoria. Ni el entrevistador ni el entrevistado pueden estar seguros de lo que allí encontrarán, nadie sabe lo que saldrá de esas profundidades. Ellas permiten vislumbrar acontecimientos dentro de la historia de la Shoah que no se obtienen de los documentos escritos. Los documentos textuales son esenciales para el estudio de la Shoah, un testimonio individual suplementa o complementa al documento escrito, proveyendo una mirada detallada y personal sobre el acontecimiento que puede estar insuficientemente o no representado en los trabajos escritos. Voy a darles un ejemplo, en la literatura sobre la Shoah se nos habla siempre de las cartillas de racionamiento y no se nos dice nada más. Estaba entrevistando a una sobreviviente y en la narración dice "mis amigos estaban muy impacientes esperando que retirase mi ración de alimentos ..." (P.C) y yo pregunté ¿por qué estaban tan impacientes? Y me responde "porque tenía una G3" y le pedí que me explicase que era una G3 y contestó "la cartilla de racionamiento para los menores de 21 años que tenían derecho a recibir una tableta de chocolate o un frasco de dulce". De este modo, al menos para Francia, complementa la literatura escrita y el investigador podrá ahondar, si le interesa, el tema y descubrir qué otro tipo de cartillas existían, vale decir que un dato puede transformarse en tema.

El proceso de la entrevista es un

arte más que una ciencia y, por ende, las estrategias para tener éxito son variadas.

Se permite al entrevistado contar su historia de vida tal como la recuerda. El entrevistador hace preguntas que estimulen la memoria. También, para aclarar o puntualizar alguna situación especial. Es importante el lenguaje gestual. Guía pero no dirige. Debe establecerse una buena interrelación entre ambos. El entrevistador no debe corregir ni discutir. Debe escuchar y ayudar a colocar la experiencia en un contexto histórico.



Debe respetar -sin querer llenar- los silencios del entrevistado para permitirle desarrollar su propio diálogo interior. El entrevistador necesita discernir sus propios miedos. A veces queremos protegernos de lo que dice el entrevistado. Debemos respetar los límites del entrevistado pero no podemos permitir que nuestras propias limitaciones restrinjan lo que el entrevistado nos pueda contar.

Es un viaje que realizamos juntos. Tenemos que hacer "como si" estuvieramos allí pero somos espectadores. Debemos equilibrar la es-

cucha empática con la escucha cuidadosa y crítica.[...]

Los testimonios forman parte de la Historia Oral y ésta constituye una poderosa estrategia para la educación. Los testimonios, a su vez, producen un fuerte impacto en los oyentes y permiten recordar y transmitir.

Hablan a la inteligencia emocional y, a los jóvenes les permite sentir "empatía" con la narración de cada uno de los sobrevivientes. Pueden identificarse con gente como ellos, gente común. A través de los testimonios pueden examinar los valores éticos y el comportamiento humano. Pueden preguntarse sobre la justicia, la identidad, la presión de los pares, el conformismo, la indiferencia, la obediencia, problemas todos que los jóvenes deben enfrentar en su vida diaria.[...]

Deseo finalizar con una frase de Goethe: "heredarás de tus padres pero la herencia no será tuya hasta que no la conquistes". La memoria está y a nosotros nos toca trabajar para recuperarla y de ese modo transmitirla a las generaciones venideras. ■

*Extractado de la ponencia presentada en el V Encuentro de Historia Oral "Investigación, Metodología y Prácticas" organizado por el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. 13, 14 y 15 de agosto de 2001

El sobreviviente de Varsovia

"La crueldad de la memoria se manifiesta (en sí misma) al recordar aquello que es desvanecido en el olvido"

Nagub Mahfouz

"Arnold Schönberg fue una figura complicada y contradictoria a lo largo de toda su vida", comentaba Glenn Gould en una reseña escrita por él a propósito de la biografía de Schönberg de H. H. Stuckenschmidt. Un judío convertido al Catolicismo y luego reabrazado a su fe original; un socialista convertido a la monarquía (pedía la restauración de los Habsburgos); el compositor de partituras anti-bélicas durante y después de la Segunda Guerra (*Oda a Napoleón Bonaparte*, *El sobreviviente de Varsovia*) y obras pro-guerra durante la primera guerra mundial (en 1916 la marcha llamada "La brigada de acero", celebrando el primer año de servicio en el regimiento).

La música de Schönberg debe ser ubicada en el contexto de la Viena de fin de siglo, una Viena en la que estallan las cuestiones acerca del lenguaje que el mismo Nietzsche había planteado en su filosofía, produciendo una crisis de la expresión que apunta a la búsqueda de "nuevos" lenguajes. El recorrido por la Viena de fin del siglo XIX es un caminar entre literatos, artistas plásticos, arquitectos, filósofos, pero... ¿y los músicos? ¿Cómo oyeron la caída de los Grandes Fundamentos?

"El sobreviviente de Varsovia" es una obra de los últimos años de Schönberg, la cual no se ejecuta muy a menudo. Es una pieza de corta duración, alrededor de 7 minutos y medio, escrita para narrador, coro masculino y orquesta. La compuso Schönberg muy brevemente luego de que se salvara de la muerte gracias a la aplicación por parte de los médicos de una inyección directa al corazón para sacarlo de un paro cardíaco. Está inspirada por algunos informes, testimonios de sobrevivientes de los pogromos nazis en el ghetto de Varsovia, que él pudo recoger luego de la guerra, durante su estancia en los Estados Unidos. Profundamente conmovido, escribió rápidamente el texto, utilizando en algunas frases, fragmentos textuales de los testimonios recibidos. La obra se completó en Septiembre de 1947 y su premiere se realizó en Albuquerque, New Mexico, con la Civic Symphony Orchestra bajo la conducción de Kurt Frederick el 4 de noviembre de 1948.¹

René Leibowitz, uno de los más importantes biógrafos de Schönberg y diseminador de las lecciones de éste, llamó a esta obra una "ópera en miniatura" y una de las obras musicales



maestras de nuestro tiempo. (*Schönberg*, Ed. du Seuil, Paris, 1969). Como señalaba Glenn Gould, en el contexto de su vida, el *Sobreviviente...* es un punto de máxima en su enfático retorno a sus raíces judías y las tradiciones judaicas. Su composición *Kol Nidre* en 1924, la ópera *Moisés y Aaron* de los comienzos de 1930 y su última obra, *Modern Psalm* dicen de esto muy claramente. Schönberg basó esta composición en un esquema plenamente dodecafónico cuya forma básica solo se revela al final donde ofrece la melodía al himno *Sbema Israel*.

En esencia, esta obra podría más bien ser ubicada como un oratorio extremadamente condensado. El texto se distingue por estar en tres planos, cada uno en una lengua distinta: inglés, alemán y hebreo. El inglés es la lengua del sobreviviente, la del testigo. Cuenta una escena del ghetto de Varsovia. Mientras que los ase-

¹ Según Stuckenschmidt, habría sido realizada a pedido de la fundación Kussewitsky.

sinos hablan en alemán y los judíos, quienes están por ser enviados a las cámaras en algún campo, hacen su oración en hebreo. Estos tres planos también se distinguen en la medida en que Schönberg compone en tres lenguas distintas.

Se trata entonces de un recuerdo, pero un recuerdo parcial, no integral. Hay una falla en la memoria que lo hace decible. ¿Cómo podría decirse toda una experiencia? El sobreviviente canta un recuerdo pero sin recordar del todo. Es un sujeto de los subsuelos, de las cloacas, de los conductos de los desechos. Y en esas condiciones, bajo las botas de los soldados y de la persecución que infernalmente también es negociada por los Judenrats, los consejos Judíos, hay que despertar de un sueño que no es sueño; un dormir que es sobresalto, cuando ha habido una separación de muerte. Un hijo, una esposa, un padre o madre, han sido separados como si fueran una parte del cuerpo. "¿Cómo puedes dormir sin saber acerca del desaparecido?" pregunta Schönberg.



Las trompetas levantan hasta a los muertos. El sargento nazi es una voz de trueno que atruena como esa trompeta celestial. Y el sobreviviente relata que los golpes lo han hecho caer mientras se escuchaba el dolor. Nadie se salva del maltrato y en ese estado de "inconsciente", que equivale a confundirse con los muertos, hay una orden de deshacerse de los cuerpos. Temor y dolor. El alemán se dispone a contar Abzählen, uno, dos, tres, cuatro, y repite más rápido la cuenta para enviar los cuerpos casi muertos a las cámaras de gas. Esa manera de contar, rápido, Schönberg hace de ello la única "metáfora", "como una estampida de caballos salvajes". Y en ese instante comienzan a cantar el *Shema Israel*. Es la plegaria olvidada por el pueblo, por Schönberg al final de su vida, cuando ha vuelto al judaísmo.

¿No se trata en fin de una manera de contar, tomando las acepciones que corresponden al caso? Contar la cuenta del nazi, contar la vida que pasó a ser un número tatuado en la piel; contar que en medio de la cuenta por los que dejarán este mundo, se escuchó un canto de alabanza olvidado que hace una unidad de los cuerpos que están ya descalabrados por los golpes. Una alabanza que pide que se hable siempre de los mandamientos. Preguntamos: ¿quién habla? ¿Quién es el sujeto de este relato? ¿Es Schönberg como sobreviviente que da testimonio acerca de aquellos que no tiene ya la palabra? ¿Es la voz de un muerto? ¿Es la voz de un sobreviviente que le informa a Schönberg acerca de su retorno del túmulo de los muertos? Siendo que está hablado en tres lenguas distintas, podríamos, por qué no, considerar que cuando Schönberg compone, hablan en él tres lenguas, tres

posiciones subjetivas distintas y anudadas por la música. Esa música, esas melodías, que por más que se quieran poner en paralelo con cada lengua (la fanfarria de la brutalidad nazi, la oración que incorpora trozos de melodías de las sinagogas, o el recitativo del testigo), sin el recuerdo de la sinagoga, o las marchas militares, se la hubiese escuchado como atonal y punto.

Finalmente un hecho insólito sucedió luego de la primera puesta en escena de la obra en Albuquerque, Nuevo México el 5 de noviembre de 1948. Schönberg al día siguiente, recibió un telegrama que provenía de aquellos que participaron en la función, o sea, de la orquesta sinfónica, de la asociación coral y del director, y que decía:

"SOBREVIVIENTE DE VARSOVIA
PRODUJO TREMENDA IMPRESIÓN
EN LOS EJECUTANTES Y PÚBLICO.
COMPOSICIÓN TUVO QUE SER
REPETIDA EN EL CONCIERTO.
GRACIAS POR EL GRAN HONOR
DE PERMITIRNOS EJECUTAR
ESTA OBRA EN ALBUQUERQUE
A CONTINUACIÓN UN DETALLADO
INFORME..."

El sobreviviente de Varsovia había sido escuchado correctamente, llegando incluso a pedir el público un "otra vez". La obra de Schönberg puede repetirse tantas veces como se guste, mientras que de lo que testimonia es acerca de hechos sobre los cuales se debe decir nunca más. ¿Será sólo una cuestión de tiempo, de apostar al tiempo, para que el olvido sea un olvido sin la crueldad de la memoria, para que se vacíe la botella de la memoria, para que la botella concluya finalmente y sea descartable como un desperdicio? ■

Qué nos enseña la historia a 63 años de la **Kristallnacht**

El tema que nos convoca hoy es lo sucedido en Alemania el 9 de noviembre de 1938. Quisiera comenzar por plantear estos hechos en el contexto de la historia del siglo XX, puesto que sólo así podremos comprender lo que estos significaron. Esa historia comenzó en 1918, con el final del Imperio del Kaiser y el nacimiento de la República de Weimar. Fue ésta una república débil, y a ello contribuyeron diversos factores. Las condiciones del Tratado de Versalles, inaceptables para todo un sector de la población, el asesinato del ministro de relaciones exteriores Walter Rathenau en 1922 (asesinado posiblemente por ser de origen judío), la acusación de los generales a la revolución que había obligado a abdicar al Kaiser, (es decir, a la República), de ser la responsable de la derrota de Alemania, la falta de trayectoria y experiencia de esa democracia, todo contribuyó a configurar una situación muy frágil que se fue intensificando a través de los enfrentamientos y la violencia callejera, hasta desembocar, cinco años después de la fundación de la República, el 9 de octubre de 1923, en la marcha de los nacionalsocialistas. Esta vez todavía pudo imponerse la democracia; pero, como comenta el historiador Sebastian Haffner, los tribunales que juzgaron a Hitler en



esta oportunidad seguían estando muy apegados a la ideología del Imperio, y la condena que le aplicaron fue sumamente moderada, una especie de pacto entre caballeros; en su confortable reclusión Hitler terminó de redactar *Mein Kampf*. Pero mucho más grave que esta laxa condena fue el hecho de que la República de Weimar nada hizo para defenderse de sus enemigos, para detenerlos o poner un punto final a sus intentos. La democracia no sólo no se defendió, sino que comenzó a establecer un diálogo crítico, pero diálogo al

fin, con el Partido Nacionalsocialista, y éste aprovechó esos años para consolidarse ideológicamente. Las instituciones nada hicieron ante los encuentros anuales de los nazis y los ataques contra la democracia que constituían los discursos en esas oportunidades. No hubo reacción. Así que, cuando a fines de la década del veinte comenzaron a ingresar los primeros diputados y representantes nacionalsocialistas en los Parlamentos Regionales y también en el Parlamento Nacional, estos aprovecharon todos los privilegios y fueros parlamentarios sólo para atacar lo que ellos llamaban "el sistema", o sea la democracia. Si hay algo que aprender de la Historia es que si un 20% de la población apoya activa o pasivamente a sectores golpistas el sistema político marcha al colapso. Porque la mayoría, el 80%, no actúa, no participa ni se defiende activamente; entonces, con un 20% decidido, el sistema colapsa. Esto es lo que pasó en la Revolución Francesa, las revoluciones en torno a 1848, también en la Revolución de Octubre (puesto que los bolcheviques eran una minoría), y por último en Alemania, donde una minoría hizo caer el sistema. Porque los sistemas democráticos son lentos, se preocupan por defender la legalidad, etc., y esa lentitud finalmente promueve el colapso.

En las elecciones sucesivas los nazis no alcanzaron inmediatamente la mayoría; de hecho cuando en 1933 llegaron al poder sólo alcanzaron a tener un 30% de representación parlamentaria. Paradójicamente todo lo que lograron estos sectores antidemocráticos se basó en la utilización de todos los recursos que brindaba la democracia para imponer sus fines. Demasiado conocidas son las etapas que siguen: exclusión de comunistas y socialistas, incendio de Reichstag, boicot a los negocios judíos, quema de libros, etc. Uno de los errores trágicos de la República de Weimar fue considerar a los nacionalsocialistas como un partido más, y a las personas que integraban ese partido como ciudadanos comunes y no como opositores y enemigos. Y cuando en 1933 esa minoría tomó el poder y comenzó a destruir sistemáticamente todas las instituciones democráticas de Alemania, tampoco los otros gobiernos europeos consideraron a los nazis como enemigos, sino que consideraron que era factible sentarse a negociar y tener con ellos acuerdos de caballeros. A escala europea y en la política exterior volvió a repetirse lo que había sucedido en la política interior de Alemania entre 1923 y la toma del poder. Lo trágico de esta repetición fue que llevó a un error de apreciación a los que se habían quedado (los opositores al régimen ya habían emigrado, estaban presos o en campos de concentración, o habían sido asesinados) y observaban los hechos de manera pasiva: basándose en la experiencia de la República de Weimar pensaban que el gobierno de los nacionalsocialistas acabaría pronto, y además se caería solo. Por otra parte, todas las verdades que desde el exterior trataban de difundirse



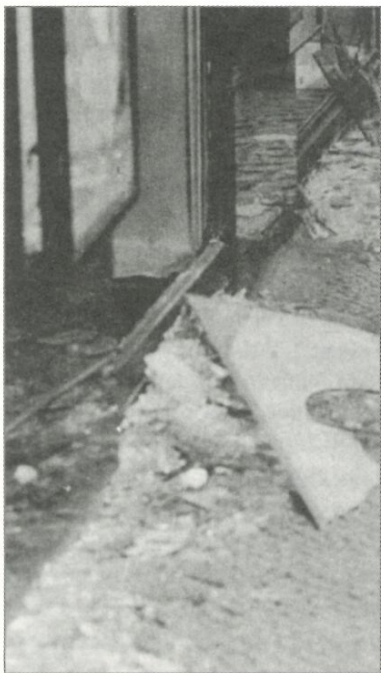
sobre el trato a los enemigos del régimen, a los judíos y a otros grupos que serían excluidos, eran calificadas por el gobierno como ataques propagandísticos de los enemigos del pueblo. Por último, los Juegos Olímpicos de 1936 mostraron a una Alemania ordenada, homenajeada por las naciones extranjeras.

Dos años más tarde, en vísperas del 9 de noviembre de 1938, vigésimo aniversario de la fundación de la República de Weimar, comenzó a generarse dentro del partido la demanda de que debía darse una clara señal de que las cosas habían cambiado, que se había terminado definitivamente esa "república de los judíos", como solían llamarla. Entonces los nazis tuvieron la idea de tomar como objetivo a los judíos polacos que habían perdido su nacionalidad a consecuencia del Tratado de Versalles y habían optado por Alemania porque sentían su pertenencia a ese país. Esta fue la primera campaña que llevaría a las deportaciones masivas; en una acción masiva organizada con gran precisión decenas de miles de personas fueron trasladadas a las comisarías y luego, en trenes y ómnibus, a la frontera polaca; las autoridades de Polonia les impidieron ingresar a ese país y así, muchos de ellos mu-

rieron durante las primeras noches que pasaron a la intemperie en esa tierra de nadie. La diplomacia europea se mostró consternada pero no hizo nada. Fue entonces cuando el joven hijo de una de esas familias abandonadas a su suerte, Hershel Grynszpan, atentó contra la vida del tercer secretario de la embajada alemana en París, Ernst von Rath, para llamar la atención de la opinión pública mundial acerca de lo que estaba ocurriendo. Al conocerse la noticia de la muerte de von Rath ya estaba preparada la reacción: del 9 al 10 de noviembre fueron atacados negocios y domicilios de ciudadanos judíos, sinagogas y numerosas personas. Durante esa noche, llamada luego Noche de los Cristales Rotos, fallecieron más de 200 personas y más de mil fueron trasladadas a los campos de concentración de Sachsenhausen y Buchenwald.

Las consecuencias de la Noche de los Cristales no han sido investigadas exhaustivamente hasta el día de hoy. Ciertamente fue un punto de inflexión porque ya no eran libros lo que se quemaba; ahora había edificios y sinagogas en llamas, gente encarcelada y asesinada, es decir, se volvía visible lo que estaba pasando. Pero de lo que estaba pasando no hay demasiada documen-

tación ni testimonios. Existe el acta de una reunión en el Ministerio de la Fuerza Aérea del Reich en la que Goering enumera las consecuencias y los daños ocasionados por la Noche de los Cristales y termina lamentando que los judíos asesinados no hubieran sido 500 en lugar de 200. En esa misma reunión se dispuso, con la inconcebible lógica que caracterizó a los nazis, que la comunidad judía de Alemania debía pagar al Reich mil millones de marcos por los daños ocasionados, co-



mo si ellos mismos no hubieran sido los únicos perjudicados. Hay que decir que se registraron algunas reacciones en defensa de las sinagogas u otros lugares, como ocurrió con Kritzfeld, un vigilante de barrio que impidió la destrucción de una sinagoga de Berlín con el argumento de que era un monumento nacional. La Noche de los Cristales causó cierta irritación en la población, porque no se admitía que fueran atacados lugares religiosos. Esa irritación tuvo como consecuencia que el ge-

nocidio del pueblo judío se organizara y se llevara a cabo en forma secreta, porque se temían reacciones de solidaridad como las que habían existido durante la Noche de los Cristales.

Para concluir quisiera plantear cómo es posible conmemorar lo que sucedió esa noche. Y quisiera traer a colación cuáles fueron las reacciones después de 1945. En el otoño de ese año, en el primer recordatorio, Werner, el jefe de gobierno de Berlín, hizo votos para que en el futuro la comunidad judía estuviera protegida de esos ataques, y para que se aprendiera del pasado, para que se aprendiera de la Historia. Y es bajo este lema, aprender del pasado para que nunca más se repitan estos hechos, que se desarrollan todas las conmemoraciones de la Noche de los Cristales en Alemania. El año pasado, por ejemplo, el presidente alemán habló ante 250 000 personas reunidas ante la Puerta de Brandenburgo, y volvió a subrayar la importancia de lo que en Estados Unidos se ha dado en llamar "Holocaust Education". Se sabe que nadie nace nazi, nadie nace nacional-socialista, la gente se hace nacional-socialista porque le faltó educación y porque le faltó ilustración. Los que nos ocupamos de este pasado consideramos que, más que en recordatorios pasivos, monumentos, esculturas y placas conmemorativas, hay que pensar en una memoria activa, en crear centros educativos donde se aprenda qué fue el Holocausto. Cada vez quedan menos testigos de la época, por lo que habrá que pensar cómo podrán las generaciones futuras saber lo que pasó y por qué pasó. Hay que mencionar que los planes de estudio de la escuela alemana disponen que los estudiantes vean este tema tres ve-

ces a lo largo de su paso por las aulas. Hay, además, toda una serie de exposiciones educativas generadas por las instituciones más diversas: archivos de las ciudades, comunidades religiosas, etc. Una interesante iniciativa de un grupo de doce ciudadanos berlineses ha fructificado, en septiembre de este año, en la inauguración del Museo Judío de Berlín, acaso el más grande dedicado a la cultura judía.

Actualmente hay una comunidad judía de 100 000 personas en Alemania, y existe una actitud por parte del gobierno que subraya esta presencia en la vida pública alemana y reconoce este legado. Es importante destacar que hay una nueva actitud en esta nueva Alemania. También las iglesias cristianas desean acercarse a las sinagogas y compartir la vida actual y cotidiana con la comunidad judía. En cuanto a la cuestión del antisemitismo en la Alemania de hoy, quisiera decirles que para cualquier político alemán, hacer cualquier manifestación antisemita equivale a una condena a muerte. Si las cosas hubieran sido así hace cien años la historia habría sido diferente. ■

5/11/2001

* Invitado por el Goethe Institute, el Dr. Andreas Nachama ha sido desde 1997 hasta mayo de 2001 presidente de la Comunidad Judía de Berlín. Desde 1994 es director ejecutivo de la Fundación Topografía del Terror, en Berlín. Es judaísta y periodista, graduado en 1981 en Historia y Judaísmo en la Universidad Libre de Berlín. Comenzó como asistente científico en la cátedra de Historia Moderna de la Universidad Ruhr de Bochum. Fue colaborador ejecutivo desde 1981 hasta 1993 en los Festivales de Berlín. Fue responsable de la coordinación de los trabajos de Relaciones Públicas de la Fiesta de los 750 años de Berlín. Obtuvo la dirección de la exposición Mundos de Vida Judía, y desde 1992 se ocupa de la dirección artística de las Jornadas Culturales Judías en Berlín. Ha ganado reputación como autor de un gran número de publicaciones sobre Historia judío-alemana y cuestiones científico-culturales.

Un debate en torno a la Shoá y la memoria alemana



En una época marcada por la indiferencia frente a cuestiones de gravedad ética, los debates se ausentan de la escena pública. Sin embargo, entre noviembre de 2001 y enero de 2002, las páginas de las revistas *Mais!* y *Folha de Brasil* fueron protagonistas de un importante debate en torno a la memoria del Holocausto. En primer lugar, *Mais!* dio a conocer un artículo de Hans Ulrich Gumbrecht, profesor de la Universidad de Stanford (U.S.A) en el que se sostenía la necesidad de abandonar la fijación respecto del Holocausto para, en cambio, promover una conciencia positiva en Alemania. Al poco tiempo aquel artículo era replicado en *Folha* por el profesor Marcio Seligmann-Silva, un destacado estudioso de estética de la Universidad Estadual de Campinas (San Pablo, Brasil). En esta ocasión publicamos la contestación de Seligmann a Gumbrecht pues ella incluye importantes puntos acerca del valor ético de la memoria. Creemos que la pasión de estos debates alimenta el trabajo de la memoria por el que bregamos.

Pablo Dreizik

Una falsa alternativa

Hans Ulrich Gumbrecht, en su artículo sobre "El Holocausto y la Conciencia Alemana", publicado en *Mais!* el 25 de noviembre, defiende la posición del eminente teórico de la literatura y discípulo de Heidegger, Karl Heinz Bohrer. Bohrer defendió, en mayo de este año, en una tribuna que tuvo repercusiones polémicas en Alemania, una re-orientación de la conciencia histórica alemana en el sentido de una apertura hacia una "memoria de larga duración" en oposición a la fijación a la "memoria reciente", que para él tendría un tono moralizante.

Según Gumbrecht, Bohrer tendría razón al acusar de 'fijación' a la opinión pública sobre el Holocausto y defender las posibilidades de una 'conciencia histórica nacional' positiva. Al final Bohrer pretende, con la apertura hacia la historia más remota, abrir fuentes para identificacio-

nes más positivas respecto del pasado nacional. Citando a Bohrer, Gumbrecht habla también de la búsqueda de una "autoconciencia que no tenga que mirar más al costado". Si Bohrer se opone de modo explícito a Habermas, Gumbrecht niega, contra Jan y Aleida Assmann, la utilidad del proyecto de fundar una memoria que tendría como núcleo el Holocausto.

Este proyecto, que tendría un cuño iluminista, estaría "vacío y por eso sería estéril además para, por sí mismo, justificar la conciencia de una nación", incluso afirma él. Bohrer y Gumbrecht niegan ese sentido normativo del Holocausto y, al defender la 'profundización' de la conciencia histórica alemana, se empeñan en la dirección de la famosa 'historización del Holocausto' que marcó los debates entre los intelectuales en la Alemania de los años ochenta.

Creo que Gumprecht incurre en una doble confusión en su argumentación. En primer lugar, la memoria del Holocausto no es 'apenas' una cuestión de debates intelectuales y no puede ser simplemente aceptada o descartada con un argumento acerca de su 'utilidad'. En segundo lugar, debemos primeramente diferenciar del modo más claro el plano de la memoria del de la historiografía, para no cometer simplificaciones. Apenas tengamos en vista la diferencia de esos dos registros podremos pensar en una historiografía elaborada más próxima a las cuestiones políticas y éticas que habitan el núcleo de la memoria colectiva.

Una normalización de la conciencia histórica apunta a un apaciguamiento del pasado que se vuelve plenamente integrado al flujo temporal. Es a esa normalización que Bohrer -con otros intelectuales alemanes- apunta. En Brasil vivimos innumerables veces este proceso de normalización de nuestro pasado: véase el discurso tradicional de la historia sobre la conquista del país e incluso sobre la esclavitud.

Ecuación simplista. Es absurdo reducir la memoria del Holocausto o de cualquier otra tragedia histórica a un proyecto de 'normalización' de las catástrofes. No existe algo así como un 'plano' por detrás de los procesos de la memoria colectiva. Ella se establece por ondas e interactuando con el discurso historiográfico. Es verdad que, desde el punto de vista de las víctimas, no existe una explicación suficiente para la barbarie, pero es el papel del historiador buscar sus causas. Es verdad también que se articula un interesante y rico discurso sobre la memoria del Holocausto- blanco de la crítica de Bohrer- que se inserta dentro de un movimiento de articulación del pasado desde el punto de vista de una ética y de una política de la memoria. Ese tipo de movimiento también

puede ser percibido en la importancia que las cuestiones de los derechos humanos alcanzan hoy en día y que trazan un nuevo abordaje para cuestiones antes tenidas como 'internas', tales como la explotación del trabajo esclavo, los etnocidios o las guerras. No veo lo que tiene de condenable este proceso, muy por el contrario. El único peligro son los fundamentalismos: pero no se puede reducir toda memoria a esa clave, y además de eso debe haber un espacio para la confrontación de memorias y la historiografía está allí también para enmarcar -de modo no-autoritario, dialógico- esos discursos.

La defensa de una reconquistada autoconciencia 'limpia' alemana no puede pasar inocentemente por una ecuación simplista que, de más en más, confunde los registros de la historiografía con los de la memoria. Es claro que todo historiador tiene el derecho y el deber de volverse hacia cualquier fase de la historia alemana que él quiera. Pero ¿por qué Bohrer acerca esa disputa de la memoria de las víctimas y de los perpetradores a la de sus descendientes?. Es claro que esa 'profundización' apunta, en verdad, a un encubrimiento.

La queja acerca de una 'atrofia de la conciencia nacional' y la defensa de una reconstrucción de la imagen total de la historia alemana es una cuestión de memoria colectiva que encarna un núcleo tanto ético como político. En el campo de la memoria entra de modo explícito la cuestión de la culpa, de la responsabilidad, de la excepcionalidad del evento, del voluntarismo de los ejecutores, del juzgamiento de los culpables, etc. La historiografía debe aproximarse a estas cuestiones, pero debe también mantenerse distante de toda mistificación del pasado: sea por el lado de los ejecutores, sea por el de las víctimas.

El registro de la memoria humaniza el de la historiografía y plantea cuestiones 'morales' -contra lo que quie-

ren Bohrer y Gumprecht- y también influye de modo explícito en nuestra relación con el pasado.

Gumprecht habla como miembro de una generación de alemanes que tuvo que construir su identidad a partir de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial y de una pesada autoconciencia nacional. Para esa generación muchas veces la única forma de librarse del peso del pasado fue un exilio interno o externo

Tentativa artificial. La reunificación alemana, la globalización que trajo un nuevo e importante papel geopolítico para Alemania y la destrucción posmoderna de las ideologías universales engendraron un nuevo momento de articulación de la memoria colectiva de ese país -y de otros- que han generado debates profundos y apasionados que son dignos de todo respeto y atención. Para citar un ejemplo: nunca una nación construyó un monumento en homenaje a sus víctimas como el que será construido en el centro de la capital alemana, a algunos metros de la Puerta de Brandenburg, símbolo de la unidad nacional. Un artista de la calidad de Anselm Kiefer o cineastas como Werner Herzog, Fassbinder y Wim Wenders, bien conocidos por todos, también nos presentan partes importantes de ese "trabajo de la memoria" siempre plurilingüe, contradictorio y tenso. Una cuestión que no puede ser eludida es que ese pasado de medio siglo, todavía es reciente o suficiente para formar parte de nuestra memoria colectiva y por tanto, no puede ser atropellado por una tentativa artificial de tejer una nueva conciencia histórica 'positiva'. En suma : aún tenemos mucho debate por delante y es cierto que las cuestiones políticas y éticas no deberían mantenerse fuera de ese debate. ■

Trad. del portugués de Pablo Dreizik; de *Mais!* (16-12-01), con autorización del autor.

El impacto del discurso en el **totalitarismo nazi**

Mi conferencia de hoy no se refiere al discurso nazi en general, sino al discurso nazi sobre la cuestión judía. Y comenzaré con algunos datos básicos que debemos conocer. Es interesante preguntarse cuánto tiempo se le dedicaba a la cuestión judía, o mejor dicho a la política antisemita del régimen nazi, en los noticiarios que se proyectaban en los cines de la Alemania nazi. Sería lógico suponer que los nazis aprovecharían estos noticiarios para presentar su política hacia los judíos para los millones de alemanes que iban todas las semanas al cine. No obstante, lo sorprendente es que desde abril de 1933, que es el comienzo de una política antisemita con un boicot que los nazis le hacen a profesionales y a tiendas de judíos, hasta abril de 1945, no hay más de un minuto y medio de temática judía en los noticiarios. Ahora, ¿qué es lo que hay en ese minuto y medio? Hay el boicot como octavo ítem en el noticiario del 7 de abril de 1933 y luego un silencio absoluto hasta 1939. Todos conocemos que uno de los eventos más importantes en la historia de la política antisemita de los nazis es la proclamación de las leyes raciales, las así llamadas "leyes de Nuremberg", el 15 de septiembre de 1935. ¿Cómo se presentó este hecho al público que asistía a los cines? La respuesta es que no se lo presentó. La promulgación de las leyes raciales de 1935 no aparece en ningún noticiario. Está demás decir que en los años siguientes, 1936 y



1937, no aparece en los noticiarios política antijudía de ningún tipo. No me extraña que nada de lo acontecido en el pogrom de noviembre de 1938 se haya mostrado en los noticiarios, porque los nazis mismos se dieron cuenta de que este pogrom actuó como un bumerang, y que en lugar de crear apoyo a su política creó desagrado, ¿pero por qué no se presentan otras medidas que no fueron recibidas en forma negativa?

En 1939 estalla la guerra, y Polonia cae en tres semanas. Un año más tarde se comienza con la "ghettoización" de los judíos y se crea el ghetto de Varsovia. ¿Cuánto de lo que ocurre con el judaísmo polaco es presentado al público en Alemania? Yo calculo que entre 1939 y 1940 hay alrededor de unos 40 segundos que abordan la cuestión judía en los distintos noticiarios. ¿Qué se ve en esos 40 segundos? Se ven algunas tomas de Varsovia, algunas tomas de judíos limpiando escombros debido a los bombardeos en Varsovia, una toma de unos tres segundos del muro del ghetto de Cracovia, y eso es todo. En 1941, cuando comienza la campaña contra la Unión

Soviética y también comienza el asesinato sistemático de los judíos, ¿cuánto de política antisemita en los territorios conquistados de la URSS aparece en los noticiarios? No más de unos treinta segundos. Estos incluyen algunas tomas de arresto de judíos en Lemberg, acusados de haber colaborado con el servicio de inteligencia soviético en atrocidades contra la población ucraniana local, el incendio de la sinagoga en Riga y judíos trabajando en la limpieza de escombros en ciudades bombardeadas en el Báltico, y eso es todo. Y desde 1941 hasta 1945, cuando se lleva a cabo la gran destrucción del judaísmo europeo, nada de ello es proyectado en ningún noticiario alemán. ¿Son los noticiarios una excepción? Veamos cómo se presenta la política antisemita en otro medio de comunicación, la prensa. Si revisamos la prensa a partir de la Noche de los Cristales, desde noviembre de 1938 hasta 1945, acerca de la política antisemita de los nazis, ¿qué es lo que encontramos?

Lo que se imprime es que un judío fue arrestado por estar involucrado en el mercado negro. Después de algunos meses puede aparecer que otro judío fue arrestado por haber ocultado comestibles dentro de un sótano. O que un tercer judío fue detenido por haber cambiado sus documentos de identidad, para probar que no era un judío completo sino medio judío, según sus orígenes, y por lo tanto lograr eximirse de la deportación al este. Eso es to-

do lo que hay. Y si uno se pregunta cuántas veces se nombra en la prensa el hecho de que desde octubre de 1941 se deporta a los judíos de Alemania, la respuesta a esto es categórica: ninguna vez. ¿Qué es lo que sí se menciona de la política antisemita? ¿qué es lo que sí se nombra? Lo que se menciona es que en Rumania se han impuesto leyes antisemitas, y que en Bulgaria se han impuesto restricciones a los judíos, y que en Vichy empezaron a deportar judíos, etc. Todo lo que se les hace a los judíos en otros lugares aparece en la prensa, pero nunca lo que se hace con ellos en Alemania. Revisar la prensa colaboracionista fuera de Alemania conduce a la misma conclusión. Por ejemplo, revisar los noticieros de la Francia ocupada desde 1940 hasta 1944. Si uno se pregunta cuántas veces aparece en los noticieros de Vichy lo que está sucediendo con los judíos franceses, qué se dice del hecho de que en julio de 1942 son detenidos más de 10.000 judíos, se los envía a Drancy y de ahí a Auschwitz, de que en el verano de 1942 se impone a los judíos el parche amarillo, la estrella de David, la respuesta a estas preguntas es que nunca se dice nada. Y si se toma la prensa francesa colaboracionista, que era antisemita antes de la guerra y ahora recibe todo el subsidio de los alemanes, no existen rastros de la deportación de los judíos de Francia en 1942. Como si no hubiera existido. Si uno hace el mismo ejercicio en Checoslovaquia, donde la primera deportación de judíos se produce en octubre de 1939, después de haber estallado la guerra, la respuesta es la misma. Nada.

Sin embargo, mientras la prensa francesa ocultaba lo que sucedía en Francia publicitaba lo que pasaba en Noruega, Hungría, Bulgaria y Rumania; es decir, tenía un comportamiento similar al de la prensa alemana. O sea que en el discurso oficial de los nazis, tanto en la prensa como en los noticieros cinematográficos, dirigido tanto a su propia población como a la de los países bajo ocupación o colaborando con

ellos, se oculta todo lo que se refiere a su política antisemita y se escribe lo que otros hacen. La prensa colaboracionista noruega le va a decir a los ciudadanos de su país que han sido deportados judíos en París, pero no que se está deportando a los judíos de Noruega. La prensa colaboracionista de Bélgica u Holanda les va a contar a sus lectores lo que se está haciendo con los judíos de Bulgaria o Grecia, pero nunca lo que se está haciendo con los judíos belgas u holandeses.

Pasemos ahora a películas hechas por los nazis. ¿Cuánto de lo que es filmado por el ministerio de propaganda, o por las compañías de propaganda del ejército en la Europa ocupada, se hacen llegar al público? Sabemos que filmaron. Lo sabemos por fotos tomadas por los mismos alemanes, en las que se ven equipos de filmación nazis, se los ve con cámaras de filmación, en las fotos de ejecuciones de judíos, por ejemplo. También por fuentes judías sabemos que filmaron. Una de esas fuentes es el diario del presidente del Consejo de la comunidad judía de Varsovia, Cherniakow, que anota que desde mayo de 1942 a junio de 1942, circuló por el ghetto un equipo de filmación alemán, y que se los obligó, en las sesiones del Consejo, a posar para ser filmados. Y que luego este equipo de filmación registró distintas secuencias filmicas en otros sitios: en el mikveh, en una escuela, en el cementerio, etc. De este filme hecho por los alemanes de mayo a junio de 1942 nunca se hizo una película que haya sido proyectada para el público. Y lo que tenemos es alrededor de ochenta minutos de materia prima sin que se haya hecho nunca una edición de este material para presentar al público en general. En 1944, debido a la visita de la Cruz Roja a Teresienstadt, también se preparó un filme sobre la vida de los judíos en este ghetto, para engañar al mundo mostrando qué bien vivían los judíos. Este material tampoco fue nunca proyectado al público. Ahora, resumiendo toda esta información, uno tiene que preguntarse:

¿Por qué los nazis hacían esto? ¿Por qué juntaban material filmico y no lo presentaban a su público? ¿Por qué no presentaban en los noticieros noticias concretas de lo que se estaba haciendo con los judíos? ¿Por qué en la prensa no se hacía oficial esta política antisemita?

Creo que hay tres razones. En primer lugar, para mantener en el engaño a las víctimas. No iban a publicar en los diarios de Bulgaria, Rumania, Hungría, Francia o Grecia que había un programa de destrucción de los judíos. En segundo lugar, para no darle munición a la propaganda antinazi de los aliados. Para que los ingleses y los americanos no trataran de influir sobre los países neutrales mostrando que los nazis estaban conduciendo un programa genocida. Y finalmente, probablemente los nazis mismos y sus colaboradores en los países conquistados, no sabían en qué medida podían contar con el apoyo incondicional de la población general, aún de los propios alemanes, en la política genocida. Sabían que la política antisemita podía contar con el apoyo de la gran mayoría de la población de Europa y de Alemania, pero hasta el límite del exterminio. Sabían que la mayoría no se iba a oponer a la apropiación de bienes judíos, que no se iba a oponer a la deportación de judíos, menos aún a la legislación antisemita. Pero, ¿cuántos iban a estar dispuestos a participar activamente, conscientemente, en un programa genocida? No es parte de la conducta normal de una persona, aún de aquel que se aprovecha de la desgracia ajena, ser cómplice de un acto genocida. Aunque una conducta normal para una persona sea callarse la boca cuando otro comete el genocidio. Eso lo dice expresamente Himmler en un discurso, en octubre de 1943, cuando declara que toda esa campaña de exterminio de los judíos es una página gloriosa en la historia alemana, que no escriben y nunca van a poder escribir, y que todo lo que están haciendo se lo llevarán a la tumba. ■

28/06/2001

“La Resistencia Judía contra el dominio nazi”

Prof. ABRAHAM HUBERMAN

...El Colegio Tarbut se dirigió a mí hace dos años para sugerirme que me haga cargo de la preparación de un concurso en honor al eminente Justo Raúl Wallenberg, preparando el correspondiente material. Al año siguiente propuse que no sea sobre el mismo tema, sobre los Consejos Judíos, los Judenrat, sino sobre la Resistencia judía contra el dominio nazi... En esta oportunidad lo que he hecho es preparar un libro para que lo puedan leer jóvenes, los adolescentes... Tienen con este libro una apertura hacia un tema que de otro modo difícilmente podrían conocer...

Dr. SERGIO HERSKOVITZ

...En el Colegio Tarbut, cuando convocamos al Prof. Huberman lo que quisimos hacer fue mostrar que la investigación, la producción de conocimientos en la Argentina, en temas judíos, es un tema que está esencialmente vinculado a la continuidad judía... Creemos en nuestra visión educativa, que para forjar chicos sumamente comprometidos con nuestra tradición, con nuestro Pueblo, con nuestra historia..., tienen que tener una formación sólida en tres aspectos: por un lado en lo cognitivo: creemos que hasta el último día de nuestros días debemos buscar en nuestro conocimiento; aquel que no estudia judaísmo, hasta el último día de su vida está incompleto, y aquel que estudia solamente hasta su Bar Mitzva lo único que hace es quedarse cognitivamente con un judaísmo infantil, y el judaísmo es mucho más que lo que uno puede aprender hasta

los trece años, y por eso queremos que un chico pueda leer un material que un adulto puede leer, que puedan acercarse a este tipo de material. En segundo lugar, creemos que para que un chico judío esté plenamente formado necesita desarrollarse emocionalmente como judío... El tercer aspecto es el actitudinal: la conducta judía...

Prof. ANGELICA WINICK

... Soy una discípula del Prof. Huberman, soy profesora de Historia porque realmente tomé el modelo que él me brindó.

...Tomar el tema de la Resistencia es, justamente, un eslabón sumamente importante dentro de la cadena del aprendizaje de la Shoá.

...Lo que el libro intenta es responder una pregunta que el Profesor plantea: ¿fueron realmente los judíos como ovejas al matadero? Y en realidad lo que hace el libro es tratar de demostrar que la resistencia realmente existió... la realidad es que la defensa fue muy amplia y vivir un día más significaba defenderse y resistir. Por eso cuando uno ve la vida en los ghettos, analiza cómo la gente se



Dr. Sergio Herskovitz, Prof. Angélica Winick, Prof. Abraham Huberman Lic. Daniel Bargman.

educaba, cómo la gente profundizaba temas, cómo la gente trabajaba y cómo la gente hacía cosas, era una manera de resistir; pero además también existió la resistencia armada y el Profesor demuestra y responde, con muchos ejemplos, de qué manera los judíos frente a la imposibilidad física, imposibilidad económica, a la imposibilidad que representaba el medio, cómo igualmente los judíos resistieron con armas, empuñando armas...

...Creo que el libro lo que hace es transmitir la fuerza que la resistencia judía, a pesar de todo, nos transmitió a nosotros que somos los herederos, y que podemos conocer y seguir transmitiendo hoy y para el futuro.

Lic. DANIEL BARGMAN

...Ante el designio hitleriano de "solución final" para el pueblo judío, la única resistencia posible era tratar de sobrevivir, apelando a todos los elementos posibles.

...Como prácticamente todo estaba prohibido, cualquier acto que violara esas prohibiciones era ya un acto de resistencia.

...Este proceso de resistencia en el sentido amplio parece basarse en una doble vía, hacia adentro y hacia afuera. Hacia adentro, afianzar la propia identidad con orgullo, desafiando las prohibiciones, mantener y transmitir el judaísmo. La otra vía consistía en mantener los lazos con el afuera, con personas no judías quienes, aunque no siempre como lo hicieron los Justos -arriesgando su vida en forma desinteresada- posibilitaron el hecho de salvar vidas. ■

4/9/2001

La última noche en Auschwitz-Birkenau

Maryla Michalowski-Dyamant - Rescatada de los campos.

Desde principios de 1945 trabajaba en un comando que se llamaba "Weiköpchen". Éramos 600 mujeres y 600 hombres que trabajábamos en la construcción de un nuevo campo, siempre en Birkenau; este campo estaba destinado al "transporte" de los judíos procedentes de Hungría; una parte de ellos fue gaseada y los otros fueron considerados aptos para el trabajo. El comandante (hauptcharführer) de ese campo se llamaba Otto Hahn.

La chimenea de los crematorios funcionaba noche y día. Y nosotros nos alimentábamos con los víveres traídos por los judíos húngaros para su propia manutención. En el fondo, pensábamos que nuestro jefe no era malo. Era un borracho. Cuando estaba en estado de ebriedad, decía siempre: "de todos modos, vamos a perder la guerra".

En muchas barracas clasificábamos la ropa de los que eran llevados a las cámaras de gas. Yo trabajaba en una de las barracas con la ropa, generalmente durante la noche. Una vez, paseándome durante la jornada, me llamó la atención un grupo de SS que llevaban un armazón con tela metálica. Entre ellos se encontraba nuestro comandante Otto Hahn. Me escondí entre unos arbustos y vi que los SS quemaban vivos a los niños y los arrojaban a un foso. Si me obligaran a olvidar para siempre todo lo que vi, tendría presente ante mis ojos, siempre, la imagen de los niños judíos quemados vivos.

Hacía ya algunos días que la atmósfera del campo era rara. El 17 de enero de 1945, por la mañana, todas las mujeres que no tenían her-



manas en el campo debían ir al "transporte" según la orden del Dr. Mengele, el más grande asesino del siglo XX. Le pedí a una amiga, cuya hermana quedaría en el campo, que guardara mis zapatos durante dos días.

Nos encerraron en la antecámara de la muerte, nos quitaron nuestra ropa y en su lugar nos dieron una especie de mortaja. Allí no había sillas. Me acostaba sobre los ladrillos rojos del piso. Sabía que significaba el fin. Era un sentimiento horrible el de esperar la muerte.

En medio de la noche la puerta se abrió y un joven SS, Ludwig Plutzer, entró. Ese SS estaba con nosotros desde hacía algunos meses y mostraba rasgos de humanidad (me había prestado libros...). Me hizo venir y me dijo: "No te preocupes, por la mañana regresarán a sus bloques y por la tarde todo el mundo deberá evacuar Auschwitz".

Me encogí de hombros y le respondí: "No le creo". Me contestó: "Le doy mi palabra de honor de que es verdad". Le pregunté: "¿Qué palabra de honor? ¿La de Ludwig Plutzer

o la de un SS?". Me contestó: "Palabra de Ludwig Plutzer".

Efectivamente, hacia las cinco de la mañana se nos dijo que debíamos regresar a nuestros bloques. Teníamos que pasar a buscar la ropa en las barracas donde las habían colocado. El desorden era terrible.

Fue el día más bello de mi vida porque veía el fin de la "Gran Alemania". Pero aún no había finalizado nuestro sufrimiento.

A las cinco de la tarde, cada uno de nosotros recibió un pan. Lo comí todo. Nos sacaron de nuestro infierno para llevarnos a otro que en la Historia se denomina "la marcha de la muerte". La temperatura era de veinte grados bajo cero, la ruta nevada sembrada de cadáveres. El que no podía continuar marchando era asesinado.

Me gustaría saber qué fue de Ludwig Plutzer... ■

Del: *Bulletin Trimestriel de la Fondation Auschwitz*,
Nº 71. Avril-juin 2001. pp. 97/98
Éditions du Centre d'Études et de
Documentation. Bruxelles.
Traducción del francés: Lic. Liora Duchossoy

Y contarás a tus hijos...

Después de casi 50 años, la mayoría de los sobrevivientes de la Shoá comenzamos a hablar sobre el horror del Holocausto durante la Segunda Guerra Mundial. No es fácil. Al hablar del pasado estoy reviviendo todos y cada uno de los dolorosos instantes.

La pérdida de los seres queridos, el miedo, el hambre, el desamparo, la miseria, la denigración en los campos de concentración, el despojarnos de nuestra identidad, convertirnos en un número, en una estadística para la solución final fue el propósito de los nazis.

Pero no lograron despojarnos de nuestras almas, del deseo de sobrevivir, de la solidaridad

con el prójimo. El día en que fui liberada por el ejército ruso, el 11 de marzo de 1945, después de la horrorosa marcha de la muerte, lo llamo *mi día de triunfo*.

iiiSobreviví!!! Sobreviví con mis 16 años y 25 kg. de peso.

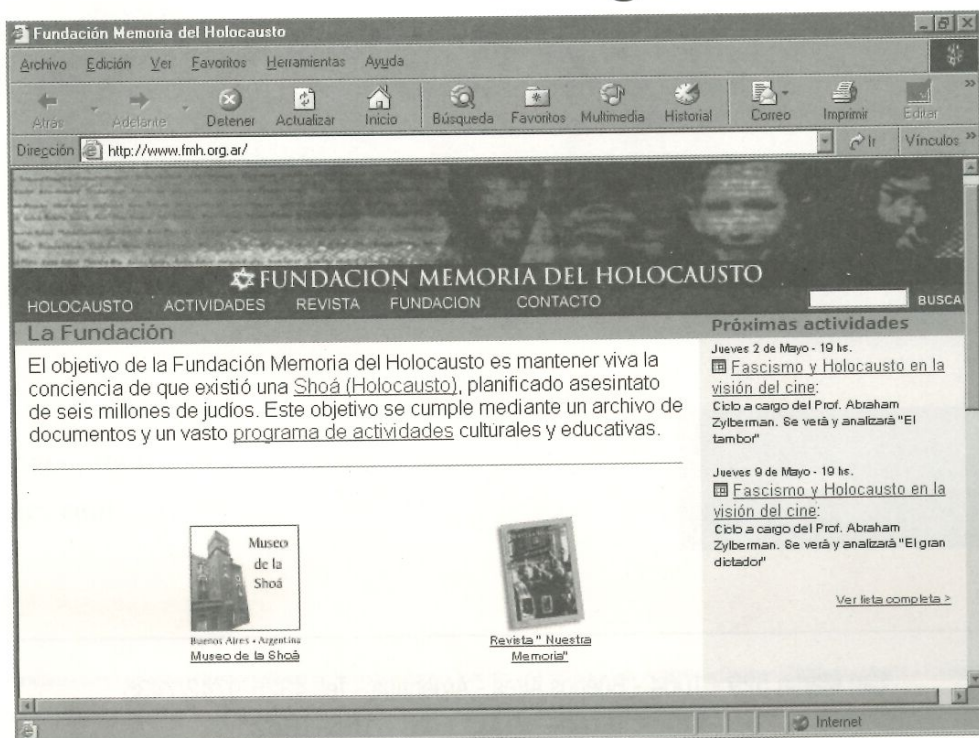
Estuve reponiéndome lentamente en el hospital de la Cruz Roja Internacional durante un año.

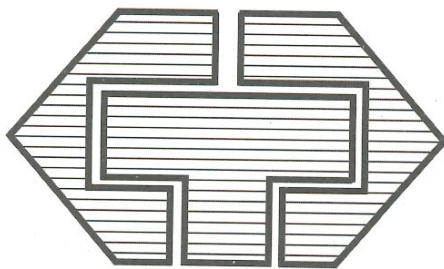
Con el correr de los años, ya viviendo en Argentina, casada y con tres hijos, decido hablar.

Contribuir al **NUNCA MAS**, al **NO OLVIDAR**.

Cumplir con uno de los mandatos del judaísmo: y contarás a tus hijos... ■

Visite nuestro sitio en Internet:
www.fmh.org.ar





cambio - excursiones - turismo

COLUMBUS S.A.

Empresa de Viajes y Turismo

D.N.S.T. Leg.131 Res.626/85 IATA 55-6-0191 0

San Martín 529 - 1004 - Buenos Aires - Argentina - Tel. 4325-9742/7435

Teléfonos: 5166-1600 / Fax: 5166-1642

Sólidas raíces

para un futuro crecimiento

Con 100 años de firme experiencia bancaria, activos superiores a los US\$ 50 mil millones y una red bancaria que alcanza cada rincón del globo, Bank Leumi está firmemente establecido para superar los retos financieros del mañana.



Leumi. El mañana, Hoy.

www.bankleumi.co.il

לאומי
leumi

Nueva York • Zürich • Ginebra • Londres • Manchester • Channel Islands • París • Toronto • Montreal • Los Angeles • Encino • Chicago • Miami • Frankfurt • Berlín • Luxemburgo
Islas Caimán • Montevideo • Punta del Este • Ciudad de Panamá • Buenos Aires • São Paulo • Porto Alegre • Santiago • Ciudad de México • Caracas • Melbourne • Hong Kong • Johannesburgo

"BEBER CON MODERACIÓN. PROHIBIDA SU VENTA A MENORES DE 18 AÑOS."



BODEGAS
SALENTEIN



Alto Valle de Uco
MENDOZA - ARGENTINA



SALENTEIN
PRIMUS



SALENTEIN



FINCA
EL PORTILLO



www.bodegasalentein.com

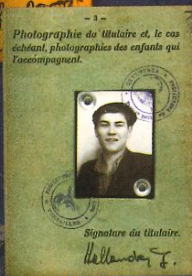
e-mail: info@bodegasalentein.com

EXPORTACIONES: Emilio Civit 778 (M5502GVU), Ciudad de Mendoza, Argentina - Tel.: (54) (261) 423-8514 - Fax: (54) (261) 423-8565 OFICINA COMERCIAL: Humboldt 2355, 1º Piso, (C1425FUE), Bs.As., Argentina - Tel.: (54) (11) 4777-8880 - Fax: (54) (11) 4778-0294

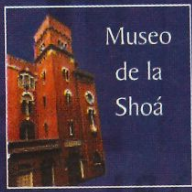
*“...El olvido sería una grave afrenta
a quienes murieron en los campos
y cuyas cenizas están para siempre mezcladas con la tierra;
sería una falta de seriedad y de dignidad,
una frivolidad vergonzosa...”*

Vladimir Jankélévitch

Adhesión
Gabriela y Roberto Rosenberg



Fundación
Memoria del Holocausto



Museo
de la
Shoá
Buenos Aires Argentina

Montevideo 919 - (1019) Buenos Aires - Argentina
Tel./Fax: (54 11) 4811-3588 / 6144 / e-mail: info_fmh@fibertel.com.ar / Web site: www.fmh.org.ar